Mundo Argentino



LA ETERNA ILUSION, POR MOREY

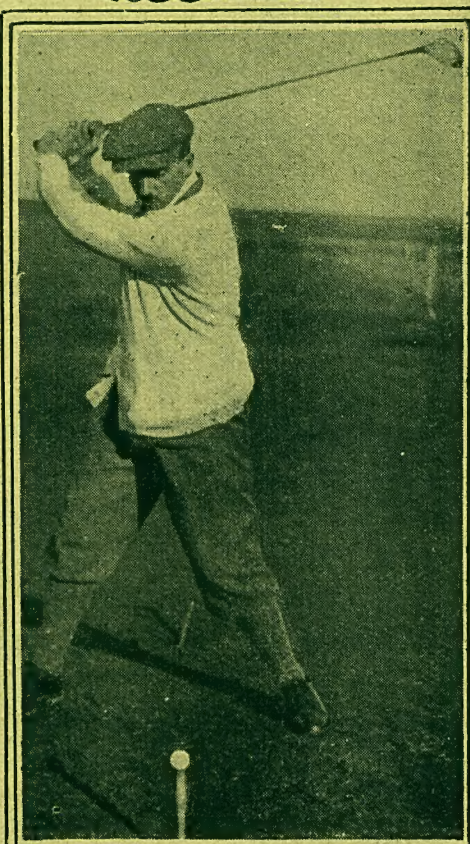
NOTAS GRAFICAS DE VARIAS PARTES



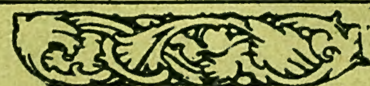
CAPITAL. — Miembros del directorio de la Sociedad Anónima Bilz y parte de los invitados al acto de la inauguración del local de su nueva fábrica

INGLATERRA





Torneo de "golf" en Rye. El mayor H. D. Gillies, haciendo uso de un "tee" que llamó la atención de jugadores y espectadores



LOMAS DE ZAMORA



Señorita Carmen Arturi y señor José Cavatorta, que acaban de contraer enlace



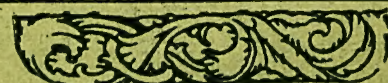
Boda de la señorita Gilda Franza con el señor Blas Martín, acto recientemente realizado



Enlace Lugones-Treglia. Los novios, momentos después de realizada la ceremonia nupcial



W. E. Holderness, que se adjudicó el triunfo en el torneo de "golf" y que es ganador de cuatro torneos anteriores



FOTOS DE LOUZÁN, SPORT Y GENERAL Y PARISIENNE

Mundo Argentino

EMPRESA EDITORIAL HAYNES LIMITADA S.A. — NUESTRO CAMPO

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RÍO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472. BUENOS AIRES

AÑO XIV — BUENOS AIRES, FEBRERO 27 DE 1924 — NÚM. 684

MAS SOBRE JUBILACIONES

Por qué insistimos: más vale prevenir que curar. — La ley sigue un modelo pésimo, cual es la que rige para los empleados nacionales. — Su aplicación estricta condena a una bancarrota segura a las cajas proyectadas. — De lo contrario, los que gozan de altos emolumentos y trabajan con continuidad en las mismas casas cumplirán fácilmente con los extremos exigidos por la ley y se jubilarán a expensas de los descuentos hechos sobre los sueldos de empleados y obreros modestos. — Queremos jubilaciones modestas, pero efectivas, y que abarquen otros riesgos, además de la ancianidad e invalidez.

VOLVEMOS a tocar la cuestión de las jubilaciones, no sólo en virtud de su palpitante actualidad, sino también guiándonos por aquel sabio precepto que dice que más vale prevenir que curar.

Cabalmente, de eso se trata: de prevenir. La suspensión de la aplicación de la ley se presta a una revisión de su texto. Es preciso limpiarla de obscuridades, precisar más sus términos, lo mismo que los del decreto reglamentario. En rigor, esto no basta. Sostenemos firmemente que se necesita algo más: corregir fundamentalmente el texto legal. De lo contrario, no consideramos aventurado afirmar que la ley de jubilaciones habrá nacido muerta. Será imposible aplicarla tal como ha sido concebida. Se recurrirá fatalmente a argucias y triquiñuelas, como las que ya aparecían en el decreto reglamentario. Lealmente aplicada, significa ir a una segura bancarrota.

Los únicos perjudicados serán los empleados y obreros modestos, a quienes se pretende asegurar contra los riesgos de invalidez y ancianidad. Su vida es, por definición, sumamente azarosa. Les será difícil probar todos los extremos exigidos por la ley. En cambio, los altos empleados, únicos que trabajan con cierta regularidad en los mismos establecimientos, se jubilarán fácilmente con sumas opíparas, a costa, claro está, de los descuentos hechos sobre los magros sueldos y salarios de centenares de miles de obreros y empleados.

No exageramos: decimos sin ambajes la triste verdad. Y la decimos crudamente, porque queremos llamar a todos a la realidad. Queremos las jubilaciones. Queremos algo mejor: el seguro social, y no sólo contra los riesgos de invalidez y ancianidad, sino contra la enfermedad, la viudez, la orfandad y la desocupación. Desde años atrás insistimos en pedir al respecto una legislación amplia y generosa. Pero, eso sí, queremos una ley seriamente estudiada, que, promulgada, se cumpla íntegramente, en su letra y en su espíritu.

Lo repetimos: es absurdo copiar, como se ha hecho, la ley de jubilaciones para empleados nacionales, sólo concebible en un país que, como el nuestro, es un paraíso de la burocracia, en la que hay cláusulas que permiten jubilaciones de dos y tres mil pesos mensuales a una edad en que uno se encuentra en la plenitud de sus energías, sin perjuicio de disfrutar, al mismo tiempo, de otra jubilación, en el orden provincial y aun en el municipal.

Quienes gozan de altos emolumentos no necesitan jubilarse: están en el deber de ahorrar, pensando en la vejez. Si no lo hacen no es porque no pueden, sino porque no lo desean. No tiene el Estado que erigirse en su tutor y remediar su imprevisión.

Sería ingenuo pensar que, en definitiva, ocurra otra cosa que ésta: la gran masa de empleados y obreros se autojubilará, o aspirará a hacerlo. En una u otra forma, los otros contribuyentes contarán con medios de sobra para resarcirse de su parte. Es posible, entonces, la producción de una rebaja en el nivel de vida de empleados y obreros. En estas condiciones, en lugar de ilusionarse con jubilaciones a base de sueldos o de salarios íntegros, después de un número dado de años, es preferible pensar y luchar por jubilaciones modestas, pero reales, salvo para los sueldos y salarios inferiores. Por otra parte, las necesidades de los ancianos son menores que las de los adultos. Y conviene tener en cuenta que, si no hoy, mañana habrá la ley de englobar otros riesgos, no menos importantes, como los ya citados de la enfermedad, la desocupación, la viudez y la orfandad, y ello no será posible si todo ha de irse en alimentar estas singulares jubilaciones a la vejez.

LA CAMPAÑA CONTRA LA EXPLOTACIÓN DEL VICIO DEBE SER PERMANENTE

LA campaña policial contra el juego, si por un lado ha merecido la aprobación de la prensa, por el otro ha motivado una observación justísima, que siempre ha hecho también este periódico al tratarse de la lucha contra la explotación del vicio en general y el ejercicio profesional en la delincuencia. Decía "La Nación": "Aunque en situaciones como la actual resulte indispensable, es absurdo que la autoridad reaccione contra estos males por medio de "campañas". No se trata de una circunstancial exigencia, sino de una función que debería ejercerse permanentemente." Y "La Razón" decía: Piénsese que la empresa policial es un acto si se quiere esporádico, un correctivo transitorio aplicado a una anomalía permanente." Y "La Vanguardia": "No creemos que la actual campaña, iniciada con tanto ahinco por la policía, pueda resolver el problema del juego, si no se recurre a una tarea profiláctica continua y sistemática, que no dé cuartel a los que especulan con el juego."

Observación justísima, repetimos; e insistimos en que perteneciente también a este periódico. En situaciones como la actual, como decía "La Nación"; en momentos en que la explotación del juego había llegado a los límites extremos del descaro, una campaña, o una batida, era indispensable. Pero, con eso no se reemplaza a la acción policial permanente contra los explotadores del vicio y los delincuentes profesionales. Las campañas y las batidas principian hoy y terminan mañana. Y tienen el inconveniente de ser hechas a toque de clarín y de campana, que ponen sobre aviso a los mismos cuya persecución se inicia. Lo que se necesita es una persecución infatigable y permanente.

Hace poco, y durante algunos días, la policía llevó al cabo una campaña contra los tenebrosos. Hoy todo eso está olvidado. Los tenebrosos, tan tranquilos como antes. Luego vino la campaña contra el juego. Si después de la campaña los explotadores del juego van a quedar tan tranquilos como los tenebrosos, todo se habrá reducido a una campaña más.

No hemos citado todavía la opinión de "La Prensa", cuyas denuncias decidieron la campaña policial. "Es menester, decía, no asignar el significado de una campaña contra el juego, en el amplio y moralizador sentido que tienen estas cuatro palabras, a la persecución de quinieleros y expendedores de loterías clandestinas ordenada por el jefe de policía de la capital en atención a las denuncias concretadas por este diario". Y más adelante: "Parece que se quisiera echar a los ojos del público el polvo levantado por las plantas de unos pocos quinieleros en fuga para impedirle la visión de las cosas mayores."

Pero, ¿qué significaría la represión permanente del juego, para referirnos ahora, tan solo, a la explotación de este vicio? Significaría, en primer lugar, que cesase la manifiesta e inexplicable tolerancia de la policía.

Decía "La Razón": "Es en los barrios excéntricos donde de ordinario la policía realiza sus "razzías" y practica detenciones más o menos numerosas. Por excepción se apunta un golpe en el centro de la ciudad." Sin embargo, hay allí casas donde se juega con tal falta de recato, "que a cualquiera le permite suponer que por el hecho de hallarse ubicadas en el riñón de la metrópoli, gozan de algún privilegio o de la extraordinaria virtud de pasar inadvertidas para los argos policiales." Y "La Prensa" decía: "Los locales dedicados a la especulación de los juegos prohibidos y la legión de corredores que tienen a su servicio los empresarios han conquistado tan grande popularidad, que no pueden pasar inadvertidos sino para los investigadores policiales." Y "La Nación": "Eran conocidos de todo el mundo los locales donde se podían hacer apuestas. Existía, sin embargo, la confianza más completa en que no intervendrían las autoridades, y éstas no se mostraban de ningún modo interesadas en desvanecer esa impresión." Y "La Vanguardia": "Los comisarios seccionales no sólo estaban al tanto de la existencia y perfecta ubicación de los explotadores del juego, sino que conocían sus operaciones con bastante anterioridad."

En una palabra, ¿qué adelantaríamos si después de la campaña contra el juego, la policía, en vez de vigilar y perseguir permanentemente, volviese a cerrar los ojos, volviese a hacer que no ve?

A veces los funcionarios de policía dan a las cosas una explicación que suele producir efecto en el público: "¡Influencias de lo alto!". En materia de favoritismo no debemos ser demasiado incrédulos, pero tampoco demasiado crédulos. No siempre se tiene noticia allá en lo alto de las cosas que toleran los funcionarios policiales.

VACUNACIÓN ANTITÍFICA

SE teme el estallido de una epidemia de fiebre tifoidea en la Capital Federal. De hecho, la epidemia reina en la provincia de Buenos Aires, aun en las cercanías de esta ciudad.

Las precauciones que habitualmente se toman contra esta enfermedad y que se resumen en una: no ingerir nada crudo, no resultan siempre eficaces. Se considera más útil y segura la vacunación antitífica. Se aplica en el ejército nacional, como se ha aplicado últimamente en los ejércitos en guerra. Los resultados son, sencillamente, sorprendentes.

Los que temen toda novedad deben desechar sus temores. Se trata de una vacuna inofensiva, abonada, como decimos, por una experiencia tan decisiva como la vacunación de millones de soldados durante la reciente conflagración. Su aplicación no obliga a interrumpir las tareas habituales y, si cabe, es aun más sencilla que la de la vacuna obligatoria contra la viruela. Conviene, entonces, vacunarse contra la fiebre tifoidea en cualquier dependencia de la Asistencia Pública.

LAS CÁRCELES EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA

EN la constitución nacional figura una cláusula que establece que las cárceles serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos.

Esa cláusula es altamente previsora y notable, si se tiene en cuenta que se adelantó a un precepto que los sabios en la materia destacaron más tarde.

A pesar de ese generosa disposición las cárceles en el interior de la república son un verdadero horror. Los presos viven hacinados. No se les da de comer. Muchas veces hasta carecen de agua, cuando no se les castiga y tortura.

Esto ocurre no sólo en los territorios nacionales y provincias pobres: ocurre, también, en provincias adelantadas. Un juez que acaba de visitar la cárcel de Concordia ha comprobado que se alojan 88 presos donde apenas caben 50. Los calores de la estación y la frecuente carencia de agua en el establecimiento presta al cuadro un aspecto lamentable y doloroso.



NO ES LO MISMO

—¿Te ha ofendido que Berrules haya bailado conmigo?

—No; lo que me ha ofendido es que tú has bailado con él.

LA INMIGRACION EN NUESTRO PAIS

POR J. HALPERIN

LAS cifras inmigratorias de reciente aparición dan un saldo favorable al año último en comparación con las del año 1922. Sin embargo, esto no debe complacernos lo bastante. No hay duda que, aunque no abunda la ocupación para ellos, el país reclama pobladores como solución principal de sus problemas fundamentales.

Nuestra situación de inferioridad con respecto a otros países, en lo que a comodidades y beneficios materiales se refiere, reside más que en nada en la carencia de una población proporcionada a su territorio.

Una población de cerca de nueve millones de habitantes, diseminados en una extensión de dos millones ochocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, hace extremadamente difícil iniciar cualquier empresa de trascendencia sin que su costo deje de resultar singularmente gravoso en proporción por habitante.

Pero, a pesar de esto, mucho se puede hacer en el país en materia industrial y agraria, abandonando criterios coloniales y soñolientos, mediante la utilización de capitales que, si bien no sobran para ello, se poseen en cantidad indispensable para dar mayor impulso a las actividades creadoras, poniendo fe e inventiva en la organización de la producción y en el aprovechamiento de las corrientes inmigratorias que hasta aquí llegan.

De iniciarse una era de trabajo y de mayor prosperidad en el país, la inmigración afluiría a nuestras playas en mucho mayor número que la que lo hace en la actualidad. La inmigración se dirige automáticamente a los lugares del mundo que mejores perspectivas de trabajo y de vida les ofrece. Y no es de extrañar por eso que nuestro país no les entusiasme al igual que otros de América. El establecimiento del régimen de cuotas por nacionalidad para el ingreso en los Estados Unidos ha venido a beneficiar a la Argentina con una mayor afluencia inmigratoria, pero no en el grado que sería de desear.

Para que la inmigración se dirija hacia aquí hay que brindarles a los inmigrantes condiciones de vida muy superiores a las que gozan en sus países, y para ello debemos modificar, ante todo, muchas de nuestras ideas de antiguo arraigadas en nuestro espíritu, en bien de ellos y de nosotros mismos.

No hay que indignarse, sino celebrarlo, cuando un rústico recién llegado dice que nada de lo que se le propone es suficiente para él. Quiere más, y aunque no siempre realiza una tarea que lo merezca, o demuestra capacidad para desempeñarse en ocupaciones de mejor remuneración e importancia, su descontento es un síntoma de ambición que hay que alentar. Un pueblo de gentes resignadas no irá muy lejos. A lo sumo creará unos cuantos hombres de temperamento supradelicado, quienes, quizá, sufrirían menos de haber nacido en países de mayor abundancia.

La propagación de este espíritu de ambición a los autóctonos del país sería uno de los mejores favores que podrían hacer a éste, puesto que, aunque fuere en parte, esto se traduciría en una cantidad de hechos prácticos, lo que no dejaría de ser beneficioso.

Los que no vienen a servir de criados, sino llenos de dignidad y ambición, son los que mejor pueden influir en la formación del país, y es a ellos a quienes se debe prestar todo género de facilidades para el logro de sus propósitos. Los escandinavos, por ejemplo, que tan notoriamente contribuyeron al desenvolvimiento agrícola y manufacturero en Norte América, es un género de inmigración escaso en la Argentina. Pero de venir en cantidad mucho mayor podrían contribuir en forma incomparable al progreso general del país.





Pero, ¿a qué vendrían? ¿A trabajar en las condiciones verdaderamente inhumanas como se trabaja en la cosecha, o a vivir en conventillos, caso de quedarse en Buenos Aires? Es necesario pensarlo antes de desatarse en acusaciones contra las pretensiones de los inmigrantes.

Al mostrar sus preferencias por los Estados Unidos, mal que nos duela confesarlo, los inmigrantes no se equivocan.

Salvados los períodos de crisis, que allí suelen producirse a lapsos más o menos largos, la situación general para el hombre que desembarca en Ellis Island con la única fortuna de sus dos brazos es, indiscutiblemente, superior a la que se le presentaría aquí.

Hablando en general, y descontando que no sea un hombre con oficio, podrá ganar, desde el día que desembarca, un salario mínimo de cincuenta centavos oro americano por hora de trabajo como simple jornalero en las fábricas, y con un desgaste físico inferior al que tendría que hacer, probablemente, en otra fábrica, en cualquier parte del mundo, dada la tendencia, allí tan arraigada, de evitar al obrero, dentro de lo posible, todo esfuerzo penoso, mediante la utilización de maquinarias.

Con este salario, trabajando cuarenta y cuatro horas por semana, podrá costearse una vida, dado el poder adquisitivo de la moneda, que en nuestro país no podría hacer sin ganar, por lo menos, trescientos pesos al mes. Ahora bien: ¿es fácil que un hombre sin oficio, y que ignore nuestro idioma, pueda ganarlos aquí?

De querer dedicarse a las faenas del campo en Estados Unidos, podrá hacerlo ganando menos pero con un costo de vida proporcionadamente inferior, con la enorme ventaja sobre nuestros trabajadores de la tierra de que allí lo hacen en condiciones humanas y viviendo en casas cómodas, que, de verlas, ojalá despertaran la envidia de nuestros chacareros.

Es que allí es considerada inmigración "undesirable" toda aquella cuyos componentes vienen dispuestos a vivir en condiciones inferiores a las del nivel medio de los habitantes del país y que en su contacto con la sociedad podrían influir en el descenso del "standart" de bienestar alcanzado ya por las masas. En buena parte, la resistencia a la entrada de japoneses no obedece a otra causa.

Tratemos que cuantos vengan aquí sean ambiciosos, decididos a vivir en las mejores condiciones posibles del fruto de su trabajo, facilitándoles cuanto esté a nuestro alcance para la obtención de esos propósitos. Cuanto mejor vivan y prosperen los inmigrantes que aquí se radiquen, más compatriotas de ellos buscarán albergue en suelo argentino, y de todo esto no podrá resultar más que una elevación del bienestar colectivo.

Hay mucho que legislar sobre esto. Hay que ceder tierras que, por cierto, no faltan al Estado pero que hoy son difíciles de conseguir para quienes no teniéndolas en su patria emigran hacia continentes lejanos y desconocidos para ellos. Hay que facilitarles los medios para que puedan vivir en casas limpias y decentes y formar aquí sus hogares.

No hace mucho, antes de las últimas elecciones inglesas, todos abrigábamos un sordo temor por si en aquel país adoptarían las tarifas proteccionistas en favor de los productos agrícolas del Dominio británico.

Estos peligros que penden constantemente sobre las industrias madres del país pueden atemperarse en gran parte, haciendo que los hombres, mujeres y niños de Europa, para quienes el pan blanco de nuestro trigo constituye un lujo, vengan a comerlo aquí, con su trabajo, para bien de ellos y de nosotros.

EPITAFIO



DARDO PÚA

Al pie de esta columneta
yace Púa, sí, señor.
Pudo ser un gran poeta,
mas transformólo su "jetta"
en poeta enterrador.

INMOLACION

POR

ARTURO VÁZQUEZ CEY

ALBERTA cerró el libro que leía, "Ondas", la última obra poética de su hermano. Se alisó los copiosos cabellos obscuros. Por un momento sus ojos siguieron por el verde camino de la alfombra hasta el comedor lejano, donde un espejo reflejaba los helechos gigantes del patio. El silencio era profundo en el caserón crepuscular.

Debía de tener unos treinta y cinco años. Expresión de incurable melancolía dominaba en sus grandes ojos castaños y en la palidez del rostro ya un poco ajado. Con mano febril colocó sobre el escritorio los cuatro libros de versos de Eugenio.

Hundíase su pensamiento en los abismos del mar. Envueltos por el sudario, atada a los piés una bala de plomo, los restos del poeta estaban donde no alcanza la sonda. Quizás cubiertos de algas y corales...

Eugenio había fallecido en su viaje de regreso. Por él, enfermo, Alberta se había negado a la felicidad común de las demás mujeres, tributando a su hermano sus mejores días. Casado éste con Octavia, hubo de comprender que la frívola esposa le arrebataba irremisiblemente la obra de su vida. Durante los cuatro años del último viaje de los esposos, ella había quedado en esa casa de propiedad de Octavia. Y en la misma sala de ahora, donde alternaban con muebles del lujo actual, sentimentales "bibelots" de los años de lucha del artista, experimentaba ante el recuerdo de su hermano emoción como de contemplar una imagen de polvo.

En la luciente madera obscura del escritorio se reflejaban los cuatro libros de poemas. Los tres primeros encuadernados en cuero rojo, el último en seda verde como las soledades marítimas que evocaba. Hojeó cariñosamente aquéllos. Eran el pasado común de ambos, fundidos en una sola alma tenaz y fuerte. En el último, obra de los días del poeta feliz, en vano buscaba un asomo de cordialidad. Un espíritu extraño había compuesto esas estrofas ornadas de suntuosas viñetas negras. Y en una como táctil antipatía, sus dedos finos se posaban duramente sobre la tapa color de mar...

Sonó un timbre. El automóvil de Octavia resoplaba en la calle. Era la enemiga... Sintió en las venas el estremecimiento de los lejanos días cuando su hermano levantaba la frente feliz de la página hermosa recién terminada. Vió otra vez la cérea blancura del cadáver ahora cubierto de algas...

OTRA vez la madre ha salido... Octavito se hamaca en el columpio, ante la mirada cariñosa de la tía. La hermosa viuda estrenó hoy un claro vestido estival, y a su paso habrá de dejar fragancia de rosas. Como de costumbre, volverá tarde.

Alberta sigue con atención el jugar ruidoso del sobrino. Las piernas sólidamente juntas de Octavito amenazan como lanza el cielo, al llegar al cabo del segmento de círculo de cada oscilación. Y él lo celebra:

—¡Me voy al cielo! ¡Me voy al cielo!

Entre el aroma que viene del vetusto jardín, la tía sueña con su juventud desaparecida, en su porvenir sin esperanza.

Octavito ha bajado del columpio y tiende los brazos en torno del cuello de Alberta. Tiene en los ojos la misma luz melancólica, en la frente el mismo despejo audaz que el padre muerto. Ella recuerda su infancia. Ve en el sobrino al hermano muerto cuando niño: un Eugenio sano y promisorio. Y adivina en el vástago robusto, el aletear del genio lírico que animara al padre enfermo... ¿Será como él? Pero no conocerá el sufrimiento, la desazón de las largas esperas... Teme por su felicidad excesiva. Es un besuqueo largo en las mejillas, la boca, el cuello de la tía. El rapaz, en su lengua de seis años, dice arrumacos a Alberta, estallante de alegría.

—¿Mamá va a casarse, no?

Alberta no contesta, herida. Sí, Octavia se casará. Ella ya siente en torno la doble alma enemiga que entrará en la casa, y besa temerosamente al sobrinito locuaz.



LOS regalos, las preciosas flores fuera de estación llegan con frecuencia. Ayer, la familia del futuro esposo de Octavia visitó la casa, y fué en el jardín y en la sala un alegre sonar de voces claras. Cuando se habló de la fecha del enlace, Alberta, la única enlutada en el grupo risueño, oprimió entre las suyas las manos de Octavito.

Cada vez que un obsequio llega, es en el corazón de la hermana un largo punzar. Cuando observa el júbilo de la hermosa cuñada, sus ojos buscan ávidamente el retrato enmarcado en ébano, que reproduce la faz de Eugenio con su trágica dulzura de predestinado.

—¡Soñador! —dijo con leve sorna cierta tarde el novio, señalando el retrato, y Alberta habíale mirado con desprecio de dar muerte.

En las miradas de los dos enamorados descubre una luz criminal, y como quien huye de un ser sacrílego, evita el contacto de Octavia. Por momentos querría rodear a ambos de una jauría de mastines de filosos colmillos.

Hoy, de lujosa tienda llegó espléndido ajuar. Octavia elogió las ricas sedas. Tendidas sobre el lecho, resplandecen las costosas telas. Como si fuese al borde de un abismo blanco, frente a frente están las cuñadas, la una de luto, la otra vestida de color verde mar, color de sus ojos fosforescentes. Ésta ya no lleva el anillo de rubíes que le regaló Eugenio. Alberta lo advierte, y sin decir nada mira fijamente la mano desnuda que acaricia las ricas blondas de Venecia.

—Se me extravió...

¡No! Lo ha escondido para halagar "al otro", ella que debía haber quedado, por respeto al muerto, sola para siempre en su viudedad.

Y Alberta se echó a llorar, sentada sobre el lecho, con llanto desesperado de niño y de fiera.

LA noche es clara. Dijérase que toda su sombra ausente se hubiera refugiado en el corazón de Alberta, así está ella de atormentada y como en acecho. Esta tarde oyó un chasquido en la sala. ¿El rozar de un mueble? ¿Un beso de los enamorados en coloquio? No lo supo, pero cuando Octavia se despidió de su prometido, se hizo en su corazón una gran luz.

La semana próxima será el casamiento. Octavia, esta noche salió, y no regresará hasta muy tarde. El sobrinito duerme en la habitación contigua. Ella ha puesto sobre el escritorio algunas cartas amarillentas, flores secas y los tres libros de su hermano, encuadernados en cuero rojo. En ellos posa cariñosamente las manos, y cuando mira parece dormir.

Cautelosamente, se ha acercado al lecho de Octavito, y contempla el rostro, en el que reconoce ahora, a la luz de su tortura, rasgos que no son los de Eugenio, transfigurados en la frescura de una infancia lozana, sino los de Octavia, pletórica y vivaz. Sólo la frente, sólo los ojos, pero la llama que allí descubría, bien podía ser la de la inteligencia razonadora, no la del ensueño y la ilusión. No veía en esos rasgos el no sé qué del más allá que resplandecía en el rostro de Eugenio. El pequeño Octavio no sería un poeta: sería feliz, gozador, fuerte...

Y fué como hollando hielo como volvió a su sillón.

En vano había inmolado su juventud. Lo mismo que el alma de Eugenio se había disipado en la frivolidad de Octavia, así el recuerdo de éste se borraría en la nueva existencia de su cuñada. Ella, la hermana del muerto, sería un vestigio desagradable del ayer, un cuotidiano recordar al nuevo esposo que otro esposo antaño fué. Como el retrato de Eugenio, que por la tarde Octavia había hecho retirar de la sala, su destino era desaparecer. Advertía los días futuros en esa casa que gradualmente se le hubiera hecho trágicamente hostil al modo de una enervante combustión de maderas raras... Sentía en la garganta una garra tenaz. Por eso, al destapar el frasquito azul que ayer comprara, comprendió cuán infinitamente consoladora era la idea de un más allá donde se realizan las esperanzas que la vida malogró, donde hay un alma huída de algo que ahora es conjunto informe de restos cubiertos de algas y corales.

CUANDO Octavia entró en la habitación, con la fatiga de la noche de danza, halló a Alberta como dormida, el rostro sobre el escritorio, y entre las manos, posadas sobre las rodillas, tres libros encuadernados en cuero rojo.



—¿MAMÁ VA A CASARSE, NO?

DIBUJOS DE VÍCTOR MOREY

MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA



De cómo "Micifús" le comió a "Tritón" las sopas de leche de que es tan devoto.

LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES

Nuestro cóndor andino mide más de un metro de longitud. Su plumaje es negro, con brillo acerado, pero las plumas rizadas del cuello y de las puntas de sus alas, son blancas. La piel de la cara, de la cabeza y de la garganta es de color gris obscuro, y el de los ladós de la cara y del repliegue cutáneo de la garganta, es rojo.

Un leve estiramiento del nervio ciático puede curar, según un cirujano alemán, la mayor parte de los casos de ciática. Lo experimentó en diez y siete pacientes, y todos ellos sanaron. En todo caso, el procedimiento no puede causar daño alguno.

Del equipo de cada soldado alemán, antes de la guerra, formaba parte un ejemplar de la Biblia y media libra de chocolate.

Las sortijas se usaban entre los egipcios como equivalente de dinero.

Se ha construído en Canadá un telescopio que mide tres metros y cuyo espejo se pulimentó trabajando durante cuatro años. A través del mismo pueden verse las estrellas trescientas mil veces más brillantes que a simple vista. El número de estrellas que alcanza a verse por este telescopio es 400 millones de veces mayor que por cualquier otro.

Uno de los trabajos más penosos que existen es el de soplar botellas. Contrasentido resulta pues el dicho para determinar una cosa fácil, al decir: "Es como soplar y hacer botellas". Los obreros sufren una sed irresistible durante la tarea, beben a veces más de veinte litros de agua en una jornada y la mayoría sufren después afecciones pulmonares.

La moda de los perritos falderos entre la alta sociedad neoyorkina, cae con frecuencia en ridículos excesos. Hay "modistos" que se encargan de crear y confeccionar ropa de fantasía para los pichichos y veterinarios dedicados a vigilar su preciosa salud. Uno de estos profesionales, llamado para atender a un falderillo, contó que el animal tenía un guardarropa por valor de nueve mil pesos en prendas de vestir.

En ciertas aldeas inglesas hay quien lleva una papa bordada y metida en un dedo, a manera de sortija gigantesca, para curarse el reumatismo. Otros la llevan en el bolsillo, con el mismo propósito.

En materia de longevidad no puede competir el hombre con el árbol. Pero es más afortunado en cuanto a probabilidades de vida. Cerca del 95 por ciento de los árboles mueren antes de llegar a los ochenta años. El número de personas que fallecen antes de llegar a esa edad es de 87 por ciento solamente.

EL ARTE DE LA CONVERSACIÓN SE PIERDE



Antiguamente, nuestros antepasados amenizaban las comidas con agradables cháchara...



... y hoy, la radiotelefonía ha desterrado aquella costumbre.

La paloma mensajera se orienta por la vista y no por el instinto, como generalmente se cree. Un experimento lo ha demostrado. Desde un globo soltóse una paloma. Como no pudiera distinguir tierra a causa de una densa nube, revoloteó un largo rato, pero volvió luego al globo. Cuando se produjo un claro entre las nubes, volvió a salir y se dirigió directamente a su destino.

Se ha observado en Francia una notable diminución de calvos en los últimos tiempos. Un conocido dermatólogo atribuye el fenómeno a la vida activa y agitada, principalmente al aire libre y con mucho ejercicio físico que llevaron los hombres durante el largo período de la guerra.

He aquí algunos productos abundantes en las legumbres, y sus beneficios:

Las cebollas, nabos, coliflor, berros, repollo y rábano, contienen azufre.

Las papas, sales de potasa.

Las espinacas, sal de potasio y hierro. Los higienistas estiman que éste es el más precioso de los vegetales.

El repollo, coliflor y espinacas son beneficiosos para las personas anémicas.

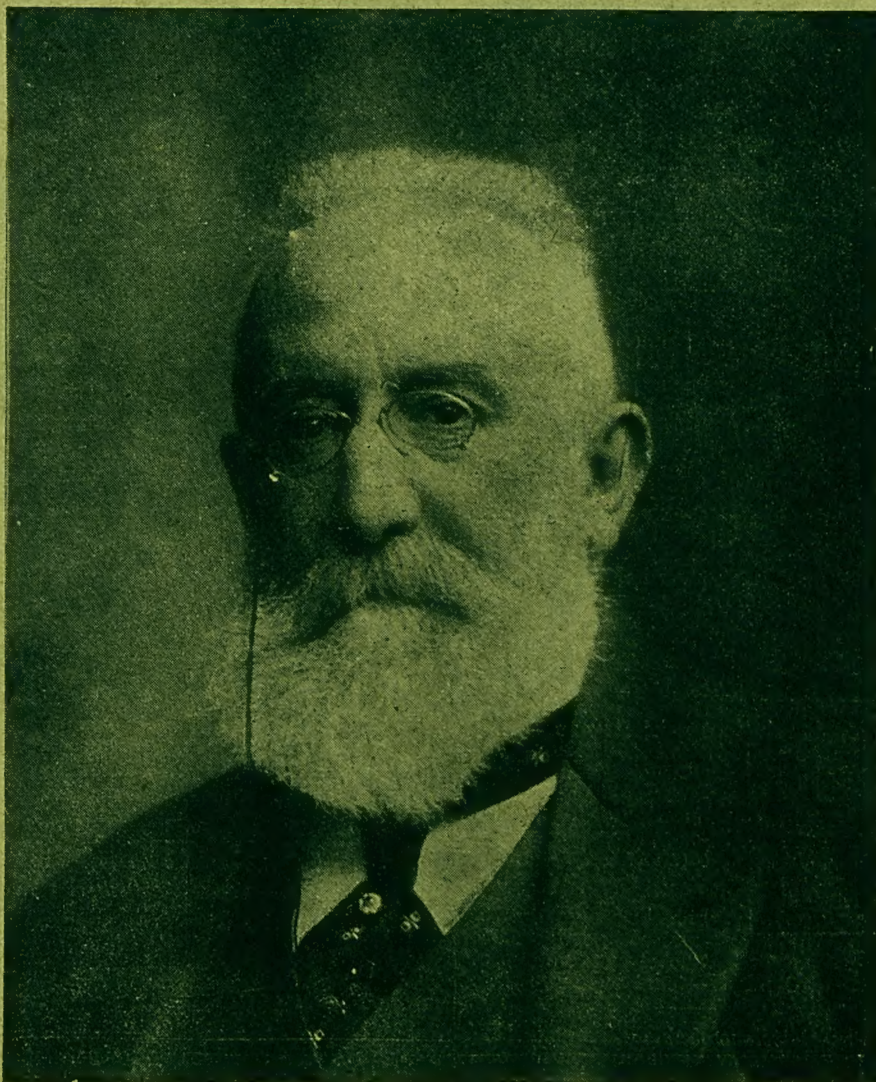
Los tomates estimulan la acción saludable del hígado.

Los espárragos son provechosos a los riñones.

El apio sirve para el reumatismo y la neuralgia.

EL POLIGRAFO RODRIGUEZ MARIN

POR **EDGARDO GARRIDO MERINO**



EL ilustre erudito sevillano don Francisco Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional de Madrid, es un anciano fuerte, de memoria viva y clara; los lentes de oro espejean sobre la nariz aguileña; el cabello y la barba son blancos, de un albor de nieve. Habla, y en su decir nervioso y elegante se advierte el ceceo propio de la tierra andaluza.

El eminente investigador literario, que sucedió a Menéndez y Pelayo, ha publicado recientemente nuevos estudios cervantinos que añaden más popularidad—si esto cabe—al celebrado autor de "Cantares populares andaluces".

Yo le visité varias veces. Poco a poco, haciendo preguntas tímidas, inquiriendo con circunloquios, logré saber de su vida de juventud.

Me habla de su primera personalidad, cuando despuntó en publicaciones sevillanas, allá por los años de 1870 y 72, bajo el seudónimo de "Bachiller de Osuna".

Hay en su acento un dejo melancólico al hablar de esos años mozos en que publicó sus libros de versos amatorios y sus poesías festivas, satíricas y mordaces.

Fué en aquella época cuando inició su interesante obra "Cantares populares andaluces", dando en ella las primeras pruebas de su espíritu dilecto e investigador. En dichos cantares y en dos tomos de "Historias vulgares" reveló sus maravillosas dotes de carácter "folk-lórico".

Del año 1880 al 85 continuó su labor de sociología popular, publicando numerosos libros y folletos. En "Cien refranes andaluces de meteorología, cronología, agricultura y economía rural" no sólo investiga y comenta, sino que desmenuza la medula del carácter andaluz, descubriendo sus aficiones a la sentencia y valorizando su representación lexicográfica. En "Quinientas comparaciones andaluzas" hace una pintura exacta de lo que es el carácter regional, y así en muchas de sus obras.

En el fondo del erudito quedaba siempre la fuente de una poética no adormecida.

De aquella época es su hermosa traducción directa y casi literal del hebreo, en verso castellano, del "Cantar de los cantares" de Salomón.

Su obra es fecunda y admirable. Puede decirse que el ilustre polígrafo y cervantista continúa siendo, con el frescor de alma de la juventud, el poeta, el etnógrafo, estilista, filólogo, cuentista e investigador de toda su vida.

CARICATURA DE DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
Por Fresno

Nos habló don Francisco de cuando, preocupado por el porvenir, se graduó de licenciado en derecho, ejerciendo sus funciones en la Audiencia de Osuna. Allí estuvo hasta el año 1892, fecha en que, habiéndose suprimido dicha Audiencia, hubo de volver a Sevilla.

—Yo no perdí mi tiempo en Osuna—recuerda con orgullo;—por el contrario, todo el tiempo que me dejaba libre la abogacía lo empleaba en estudiar el hebreo, hasta que llegué a dominarlo. Escribí también libros y folletos, y me adestré en los trabajos de investigación en los archivos regionales.

En Sevilla continuó desarrollando su labor forense, defendiendo a criminales y a delincuentes, con una elocuencia que casi siempre le ganó ruidosos éxitos.

Sufrió en aquel entonces muy rudos golpes. En 1902, el ilustre abogado comenzó a padecer de afonía, hasta el punto de que, al año siguiente, le fué difícil hacer alegatos. Cuando terminaba un informe de una hora quedaba afónico para tres días.

Y llegó un día trágico para el docto criminalista. Defendió ardorosamente a una mujer y a un hijo de ésta acusados de haber asesinado a la manceba de su marido y padre.

Rodríguez Marín puso toda su alma meridional en la oratoria, que, brillante, exaltada y llena de hermosos argumentos, hubo de lograr la absolución para los acusados. En aquella ocasión lloró de alegría y de dolor; juntamente con el triunfo soberbio veía su fracaso de orador en lo futuro. Se tornó afónico, enfermó; examinada su laringe por la ciencia médica se le hizo sufrir una dolorosa intervención quirúrgica que puso su existencia en peligro.

Desde aquel entonces abandonó la abogacía en absoluto, a fin de dedicarse enteramente a la obra literaria. Rodríguez Marín solía decir, cuando abogaba, que estaba casado con una vieja rica (la Jurisprudencia), para mantener con su dinero a una muchacha bonita y pobre (la Literatura).

Refiriéndose a este decir anecdótico, apunta uno de sus biógrafos, el senador Palomo: "Divorciado de la una, quedóse a vivir con la otra a todas sus anchas, aunque con estrechez de recursos". Y cuando alguno decía a Rodríguez Marín que tenía, como pocos, la virtud del trabajo y de la perseverancia, solía responder, sonriendo: "Esto sería virtud... si no fuera vicio..." Es el ilustre polígrafo sevillano, además de filólogo y glosador del alma popular, un incansable investigador cervantino. Su amor al manco inmortal se traduce en sus numerosas obras y conferencias de los últimos años.

Entre los papeles polvorientos de los viejos archivos ha encontrado curiosos detalles que se refieren a la vida y obras del prisionero de Argel.

En Osuna encontró datos fehacientes acerca del abuelo paterno de Cervantes; en Sevilla, dió con doce escrituras cervantinas, sobre las cuales tejió su admirable discurso "Cervantes estudió en Sevilla". En esos documentos se comprueba que Rodrigo Cervantes, padre del autor del "Quijote", fué "médico zurujano".

En 1905 publicó su edición crítica de "Rinconete y Cortadillo", que premió la Academia Española; escribió luego su estudio "Cervantes en Andalucía" e investigó en el Archivo de Indias, encontrando entre otras pruebas documentales la relación de una fiesta de sortija celebrada en Parinacochas, provincia de indios peruanos, y por la que prueba que a fines del año 1607 se conocía el "Quijote" en aquellas tan apartadas regiones.

Resultado de las pesquisas históricas en los archivos del Reino son sus bellos libros de comentarios acerca de Cervantes, Mateo Alemán, Baltasar de Alcázar, Pedro Espinosa, Barahona de Soto, Vélez de Guevara, Gutiérrez de Cetina y muchos otros ingenios del siglo de oro.

Rodríguez Marín es un erudito especial, sin avaricia de sus tesoros. Suele brindar datos de todo género a sus camaradas extranjeros, lo que le ha valido a veces serios disgustos.

Cierta vez un erudito francés dió por suyas ciertas investigaciones históricas debidas al esfuerzo de Rodríguez Marín. El ilustre polígrafo español tuvo un gesto de hidalgo y de andaluz: "No está del todo mal—exclamó.—Lo demás es fatigarse en tonto. ¡Qué bien se emboza ese francesito en mi capa andaluza!"

—¿Cuál es el recuerdo más grato de su vida literaria?—le pregunté.

—Sin duda alguna, es mi recepción en la Real Academia Española—contestó el erudito.—Menéndez y Pelayo, que me quería entrañablemente, propuso mi elección como académico de número, pues lo era correspondiente desde 1897. En tres certámenes de la Academia obtuve medalla de oro. Se celebró ese acto, para mí inolvidable, en diciembre de 1905...

Menéndez y Pelayo leyó un interesante estudio acerca de la vida y obra del que más tarde había de ser su sucesor. En ese estudio se ensalzan las virtudes intelectuales del eminente sevillano.

Rodríguez Marín es un hombre templado en el viejo espíritu castellano. Posee el afán del estudio sin caer en lo libresco; bajo sus dotes de erudición fluye siempre el espíritu fresco y juguetón del andaluz Bachiller de Osuna. Jamás su amor a la tradición, a la España de los viejos ingenios, le hizo aislarse del camino que sigue la España del presente.

Mariano de Cavia, el sin igual cronista, reflejó su carácter en esta frase: "Rodríguez Marín no deja que el fresco clavel recién cortado en el arriate andaluz se le empolve y marchite en el ojal, mientras escudriña los rancios mamotretos y papelorios en donde hace resurgir la verdad de lo pasado..."

—¿Prepara usted algunas otras obras?—le pregunté.

—Acabo de publicar "La guitarra maravillosa", colección de cantares; preparo otros documentos cervantinos acompañados de comentarios, y una colección de canciones del pueblo español, comparándolas a los romances franceses de la Edad Media... Considero que nada hay de mayor fuerza psicológica para conocer un pueblo como sus cantares. En la copla andaluza hay una esencia de la idiosincrasia española: la gracia, la alegría, el dolor; la exaltación de lo trágico sobre el amor mismo...

Y con voz apagada, suave, recitó varios cantares. Son esos cantares que él ha glosado en sus libros y que vibraron mil veces sobre las cuerdas de la guitarra andaluza.

El grave y erudito cervantista, el hombre de los pergaminos, rebuscador incansable en todos los archivos, recita cantares acariciando su florida barba de nieve. Es el clavel rojo y fresco a que aludió Cavia; un mirar húmedo y añorante, tras los lentes, bajo cuyos cristales sonríen juveniles, en el recuerdo, los negros ojos del "Bachiller de Osuna"...

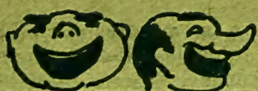
¡Nunca más digas eso!...

POR HUMBERTO B. VERA

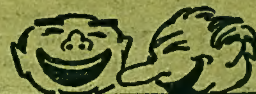
¡Nunca más digas eso!... Como un niño
que llorara de angustia en su abandono,
con las manos unidas te lo ruego:
¡No pidas nunca que me sienta solo!

¡Que me halle triste, sí! Que la tristeza
es como un agua que nos quita el lodo;
como un agua lustral, que deja el alma
sedosa y blanca como flor de loto.

Pero nunca jamás repitas esto:
"¡Quiera Dios que en la vida se halle solo!"
Deja, al menos, que en medio de mi angustia
me acompañe el cariño de tus ojos.

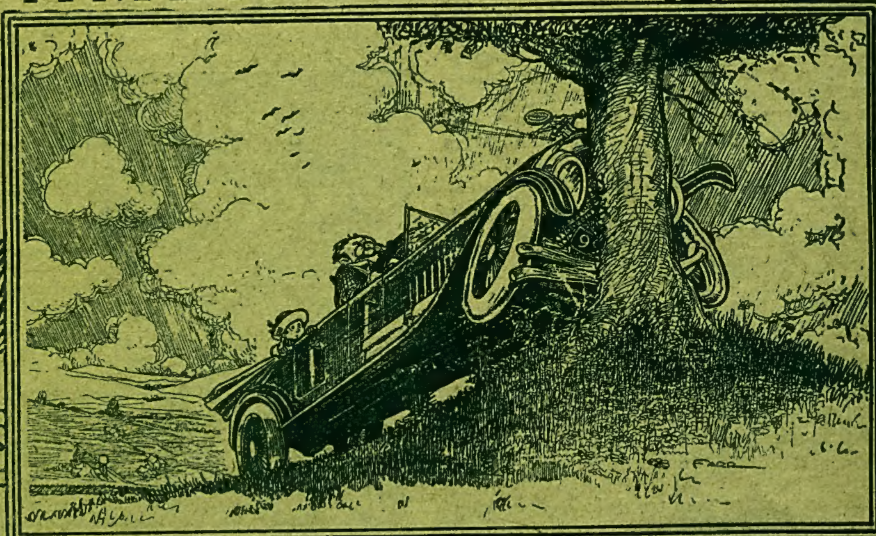


PAGINA AMENA





—¡Bruto! ¡Vas a manchar con sangre la pared recién blanqueada!



—¡Caramba con el árbol! Podían haberlo plantado en otro sitio.





—¿A dónde va usted con esa hortensia?
—Pues, usted verá. Mi mujer ha recibido un anónimo en el que le dicen que yo me paseo con una Hortensia, planchadora del barrio, y quiero justificarme, paseando con esta hortensia.





—¿No te gusta la excursión? ¿Te pesa haber venido?
—¡Haber venido, no me pesa! ¡Lo que me pesa es el cargamento!



—¡Si vieras! Estoy arrepentida de haberme casado...
—¿Por qué?
—Porque soy muy sensible, amo mucho a mi marido, y un día tendré que pasar por el duro trance de enviudar.

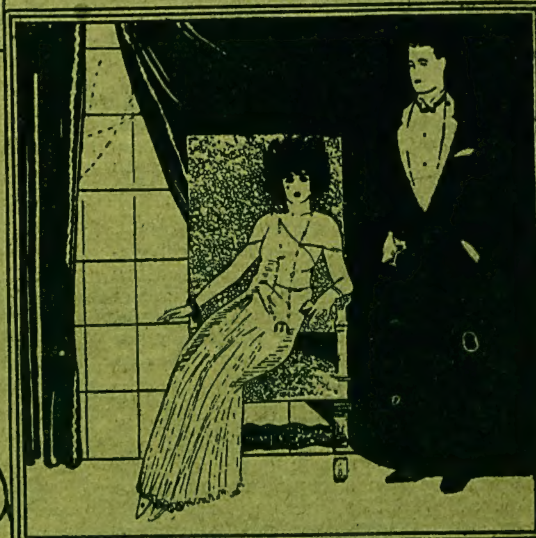




—Parecemos dos aburridos de la vida, Juana.
—Eso tú, que yo no siento aburrimiento más que estando a tu lado.



—Los hombres altos, señores, pocas veces son delincuentes.
—Se explica. Les resulta muy difícil cometer acciones bajas.



—Eres muy caprichosa, Rita; se te ha puesto en la cabeza que ya no te quiero...
—Y lo sostengo. Si me quisieras me invitarías al teatro, me llevarías a Mar del Plata.

LAS TRES MUJERES



POR **F. BARRIOS VALLEJO**

DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA

CUANDO Luis Duval apareció en el palco, acompañado de tres mujeres, muchos de los espectadores se volvieron sorprendidos para contemplar el grupo, y se oyeron algunos murmullos entrecortados, que denotaban cierta hostil curiosidad.

—Es una provocación venir aquí con tales damas — le oí decir a mi compañero de asiento, en tono de amenaza.

—¿Quién es ese joven que tanto llama la atención? — le pregunté, maravillado.

—¡Cómo! ¿No conoce a Luis Duval? Es un héroe novelesco...

Siempre más sorprendido, miré insistentemente al palco que ocupaba el popular personaje. Nada extraordinario atrajo mi atención; el héroe no pasaba de la categoría de un hombre común, elegantemente vestido, y en cuanto a ellas, se las confundía con las mil mujeres que vemos en la calles todos los días. Ni arrogante ni provocativo, más bien sencillo y prudente, era difícil ver en aquel hombre al protagonista de los dramas sociales que producen escándalo y repulsión. Por el contrario, Luis Duval era, a simple vista, uno de esos tipos simpáticos que cautivan con el gesto y la mirada rápidamente.

—No le conozco — contesté a mi vecino, después de este breve examen; — pero me parece un joven de buen gusto y de una educación esmerada.

Al oírme, mi interlocutor se echó a reír estrepitosamente.

—Bien se ve que usted no le conoce; es un tipo peligroso para la sociedad.

—¡Peligroso! ¿Por qué?

—Mírele; es el tenorio más temible de Buenos Aires. Esas mujeres que le acompañan han sido engañadas por él. Todos los días tiene una nueva. Su repertorio es inagotable. No hay quien resista a ese... Don Juan.

Esta vez me tocó reír a mí, pero con tanta espontaneidad y rudeza, que algunos de los espectadores volvieron la cara, extrañados.

—Eso me demuestra — dije al fin, con un hartazgo de risa — que Luis Duval es un hombre superior.

Mi compañero de platea, sin objetar una palabra, me llamó la atención con el codo, a la vez que me decía en tono bajito:

—Buena la ha hecho usted: Duval le ha visto reír, y ha oído sus últimas palabras.

—Bueno, ¿y qué? — repuse riendo más fuerte.

—Aténgase a las consecuencias; probablemente tendrá con él un incidente personal.

—¿Tiene usted miedo por mí?

—Sentiría que por una imprudencia suya se expusiera a un lance desagradable.

Como yo guardase un cómico silencio, mi vecino añadió:

—Es un hombre temible: sabe tirar a sable, a florete, a pistola... No se vaya a batir con él, porque le mataría indudablemente. ¡Ah, es un hombre temible!...

Confieso que, a fuerza de oír el estribillo, llegué a creer que Luis Duval era una fiera, y no me atreví a mirar ni de soslayo al héroe novelesco. Pude observar también que sólo muy pocos espectadores miraban a hurtadillas al palco del temible personaje. En cambio, noté, con la sorpresa consiguiente, que muchas damas y señoritas, más valientes que los hombres, dirigían con frecuencia sus gemelos al palco de Duval, sin preocuparse de los celos de sus novios o maridos.

—No cabe duda — pensé, comenzando a preocuparme — que Duval es un héroe capaz de llamar la atención de las mujeres.

Y como la función terminaba en aquel momento, me levanté y me dirigí a la calle, no sin echar una tímida mirada al palco de Duval; éste y las damas habían desaparecido, y al notarlo, lancé un suspiro de alivio.

Al cruzar el vestíbulo, sentí de pronto que una mano se posaba suavemente en mi brazo, al mismo tiempo que una voz desconocida me decía con toda cortesía:

—¿Me permite una palabra, señor?...

Al volverme, me encontré frente a frente de Luis Duval. Sentí un estremecimiento nervioso parecido al que debe producir el anuncio de un duelo a muerte. Quise hablar, pero mi garganta no emitió ningún sonido. El joven, sin esperar mi consentimiento, tiró de mi brazo y me condujo a la calle; una vez allí, me hizo aproximar a un automóvil de gran lujo, y con la más ceremoniosa galantería, me ordenó:

—Tenga la bondad de subir.

Dados los antecedentes que yo tenía de aquel hombre, no me cabía duda de cuáles podrían ser sus intenciones; decididamente, se proponía secuestrarme para darme una paliza, y después arrojarme en cualquier terreno baldío, como pintan a algunos malhechores en la crónica policial.

—De ningún modo — contesté, pensando que mi única salvación era la fuga; — suba usted primero.

Él insistió, y temiendo pasar por cobarde a la vista de los numerosos espectadores que salían del teatro, no tuve más remedio que complacerle. Al acomodarme en el asiento, vi que no estaba solo: frente a mí, hallábanse las damas que momentos antes acompañaban en el palco a Duval. Aturdido con aquel extraño suceso, apenas acerté a saludarlas con una inclinación de cabeza. Mi secuestrador — por tal lo tenía, — siempre sonriente y amable, dió una dirección al "chauffeur", y el automóvil partió velozmente. En seguida, el joven me presentó a sus acompañantes con estas palabras que me llenaron de inmenso estupor:



COMO NOTARA LA SORPRESA QUE ME PRODUCÍAN SUS PALABRAS, PROSIGUIÓ...

—Tengo el gusto de presentarles a un admirador; es el único que, hasta ahora, tengo en Buenos Aires.

Luego, dirigiéndose a mí, añadió con cierta amargura:

—Es usted el hombre más sincero que he conocido en mi vida, y merece que le distinga con el respeto y la consideración con que yo trato a mis pocos amigos. Usted no me conoce nada más que por mi nombre, que es bien triste por cierto, a juzgar por la mala fama que le ha dado la gente; con el tiempo, si usted quiere conocer mi intimidad, se dará cuenta que Luis Duval es un romántico caballero, incapaz de inferir una afrenta a una dama. Es cierto que yo soy un galanteador, que me paso la vida rindiendo de amores a las mujeres que poseen algo de belleza y de emoción..., pero, en el peor de los casos, tan pecador soy yo como ellas.

Se detuvo el auto, bajamos, y Duval me hizo pasar a su mansión, uno de esos palacetes medio moriscos, medio cristianos, en los cuales, apenas se pone el pie, nos envuelve el aroma penetrante de la voluptuosidad.

—Este es mi santuario — exclamó Duval, mostrándome el lujo y el "confort" más aristocrático; — aquí espero ansiosamente el día en que pueda ofrecer a los ventanales de mi alma las tres mujeres, que son las tres virtudes teologales de mi existencia.

Como notara la sorpresa que me producían sus palabras, prosiguió:

—Yo no creo que haya una mujer para cada hombre. El matrimonio, tal como lo entendemos hoy, da al hombre una mujer que, por lo común, no representa más que una virtud teologal; será fe, esperanza o caridad, pero nunca los tres atributos, que es la perfección. Hasta que yo no consiga eso, no he de amar verdaderamente a la mujer. Usted dirá que es imposible hacer del vínculo amoroso una excelsitud; yo no lo creo. Si a la mujer, en vez de enseñársele el fingimiento como único medio experimental de la vida, se la educase con los milagros de la fe, con los esfuerzos a que nos conduce la esperanza y con los sacrificios que exige la caridad que debemos a todos nuestros semejantes, sería fácil encontrar un tipo único de mujer, y no mujeres múltiples que difieren, como atracción ideal, hasta lo infinito. Todos los que se casan ignoran el grado de parentesco espiritual que contraen con la mujer; eso, sólo lo saben después de casados los maridos más inteligentes, porque los que no lo son — y entre ellos está la mayoría — jamás concedieron a la mujer otra virtud que excediera de sus deseos materiales.

Después, Luis Duval lanzó un ahogado suspiro y señalándome a las tres mujeres, que escuchaban con aire de aburrimiento, exclamó:

—A las mujeres, para que nos amen, hay que seguirles la corriente; hay que fingirles como ellas nos fingen a nosotros. Aquí tiene a tres mujeres que pudiendo ser tres virtudes teologales, sólo se preocupan de los trajes, de las joyas, de los placeres, de todo lo que es superfluo y no necesario. El amor ellas lo conciben como una de las tantas comodidades ociosas de la vida. He hecho infinitos ensayos para descubrir tres mujeres distintas en una sola mujer, y he tenido que ser tenorio a la fuerza, llevado por ese afán de perfección que usted ya conoce, y que el vulgo, que no ve ni entiende en las cosas de amor, califica de escandalosa indignidad. Si fueran capaces de comprenderme, no me calificarían de seductor, porque, en realidad, yo hago lo que ellos deberían hacer...: ¡buscar el tipo ideal de la mujer del porvenir!...

Como las tres mujeres dieran señales de impaciencia, Duval les dijo, señalándoles la puerta:

—No me sirven para modelos; pueden retirarse, y no vuelvan más.

Después se incorporó, y estrechándome la mano efusivamente, me dijo:

—Como me han dado fama de galán peleador, y que derrocho mi fortuna entre las mujeres, es difícil hacer comprender a los necios que así como el pintor traslada al lienzo la imagen de sus modelos, del mismo modo yo estudio serenamente las tres virtudes que deben poseer las mujeres.

Salí a la calle, pensando si Luis Duval sería o no capaz de matar de una estocada a un hombre, por arrebatarle las tres virtudes teologales de su dueña.

RIQUEZAS DEL PAIS: LAS PROVINCIAS DE CUYO

POR JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

IDEA GENERAL

Las provincias argentinas no son únicamente divisiones políticas. Son regiones. Y cada región tiene su historia, su carácter, su producción. Dícese, a veces, la región del litoral, la región patagónica, la región cuyana. Pero desde el punto de vista en que nos situamos, la calificación más adecuada no es esa. Alrededor del Nahuel Huapí la vida es distinta de la que transcurre en Comodoro Rivadavia, y ambos parajes están situados en jurisdicción de la Patagonia. San Luis tiene sus mármoles y su ganadería, y Mendoza, provincia de Cuyo, vecina a aquélla, es, a su turno, un emporio de vitivinicultura. Podemos, entonces, con más propiedad, decir región de los mármoles y región de la vid, ya que, en última instancia, hallamos que "región" (del latín "regio") es una porción de territorio determinada por especiales circunstancias.



EL VENDEDOR DE QUESOS, QUE, PROCEDENTE DE LOS LLANOS (LA RIOJA), RECORRE LAS CIUDADES DE MENDOZA Y SAN JUAN

Por su extensión, por su clima, por su riqueza natural y por su raza blanca, nuestro país tiene lo necesario para bastarse a sí mismo; y bastarse a sí mismas es el ideal de las naciones. Todos formulan esta afirmación; pero nadie la ha demostrado, por lo menos en la forma clara que compete a los órganos de publicidad que animan el espíritu del pueblo.

Vamos nosotros a realizar parte de esta tarea, concretándonos a las provincias de Cuyo.

Esta zona del país, cuya colonización empezó hacia 1560, toma su nombre — nombre hoy puramente histórico, como que la calle Cuyo de Buenos Aires pasó a llamarse Sarmiento, sin que hasta ahora ese nombre haya vuelto a ser cosa actual por tenerlo otra arteria de la metrópoli — toma su nombre, decimos, de la condición más peculiar del suelo: Cuyo, en quichua, quiere decir "suelo arenisco". También se la llamó Chocuito y, en fin, Chile oriental, en razón, esto último, de que en un tiempo perteneció Cuyo al orden administrativo de Chile. Pues bien, Cuyo es una de las comarcas más ricas de la Argentina.

Sus industrias madres son ya riquezas de las más grandes del país. Las industrias derivadas constituyen, a la vez que poderosos auxiliares de aquéllas, fuentes de muy estimable producción, las que, llenadas las exigencias locales, pueden abastecer, según empieza a verse, mercados como los del Plata y del Norte.

Los tres reinos de la naturaleza tienen en Cuyo exteriorizaciones magníficas. En el reino animal está la ganadería, que es medio de vida para la población de San Luis; en el reino vegetal cuéntase la agricultura, la que, en Mendoza y San Juan, manifiéstase en los cultivos de la alfalfa, del trigo, de las legumbres, de las frutas y, sobre todo, en esa industria vitivinícola de cuya importancia podemos formarnos un concepto apriorístico sabiendo que nuestro país ocupa el séptimo lugar en el mundo como productor de mostos. La minería, a su vez rica en carbón, hierro, azufre, mármol, plomo, bismuto, cobre, plata, oro y otros metales, bastaría, una vez en explotación — lo que apenas si está en comienzos, — para elaborar la prosperidad de una población mucho mayor que la actual, y que no llega todavía al medio millón de habitantes.

VÉANSE LAS FOTOGRAFÍAS DE LAS PROVINCIAS DE CUYO, DE QUE TRATA ESTE ARTÍCULO, EN LA PÁGINA 18

Es nuestro propósito exhibir en las páginas de esta revista todas esas riquezas, desde las más desarrolladas hasta aquellas de las cuales los propios poseedores ignoran en absoluto su significado y precio. Como esto puede parecer una hipérbole, vamos a confirmarlo presentando un caso concreto. Una señora de Tudcum, punto perdido entre los contrafuertes andinos, en la provincia de San Juan, ha pocos días refería que habiendo tenido una cosecha de varios millares de docenas de manzanas, el beneficio había sido casi nulo, por causa de las dificultades del transporte y la exorbitancia de los fletes, por lo que gran parte de la aludida cosecha había sido "aprovechada" como alimento de los chanchos. Las manzanas de Tudcum nada tienen que ver, en calidad, con las que se nos ofrecen en Buenos Aires: éstas son casi siempre insípidas, y aquéllas se caracterizan por un sabor exquisito y por un aroma tan marcado que una manzana sola perfuma la ropa, si colocada en un ropero, y el ambiente de las habitaciones, si ocupa sitio en ellas.

Los bodegueros y los fruticultores de Cuyo realizan a la fecha ensayos de envío de sus productos al extranjero, a través del mar, y es indudable que les sería fácil conquistar en buena ley plazas vecinas, como Uruguay, Paraguay, Bolivia y aun Perú. Las provincias de Mendoza y San Juan, además, hablan en estos momentos del propósito de establecer en esta capital, por el órgano de sus respectivos gobiernos, exposiciones y ferias de productos, que suscitarán, sin duda, marcado interés público. Solamente Mendoza tiene ya más de diez mil hectáreas en producción frutal, que pueden apreciarse anualmente en más de dos decenas de millones de pesos.

Todo esto revela la importancia del hecho económicoindustrial apuntado.

En el fondo de todas las cuestiones de interés público en nuestro país hay un problema de población. La mayor población traerá, naturalmente, el desenvolvimiento de las industrias de grande y menor escala. Pero es deber de la actual generación alentar ese desenvolvimiento, en su propio bien y en bien de la humanidad de mañana.



NATIVOS DE SAN LUIS DEDICADOS A LA FAENA DEL LAVADO DE TIERRA AURÍFERA, EN EL ARROYO DE CAÑADA HONDA

¿TENIA RAZON?

POR **JUAN CUEVAS**

DIBUJOS DE BIONDINI

Y así se expresó mi amigo, mientras, a intervalos, vaciaba copas de whisky.

—Damos a la existencia más valor del que realmente tiene, y querer imponerle normas y líneas de conducta me parece una solemne tontería.

"Hablar de la dignificación de la vida y de los cauces que debe seguir, no deja de ser hueca palabrería que sirve de cómodo pretexto para creernos seres importantes; tal es nuestra vanidad.

"Nuestro antropomorfismo nos hace criticar con dureza aquellos defectos, aquellos vicios que no se han enseñoreado de nuestro yo; y, por el contrario, somos tolerantes hasta la exageración con los pecados que nos son comunes. Envidiamos las condiciones superiores de orden intelectual y moral de los otros, por reflejo, no porque sintamos la necesidad de poseerlas; en cambio, deseamos con toda el alma, y ponemos nuestra vida por empeño cuando se trata de conseguir algo tangible que se pueda apreciar objetivamente: por ejemplo, el dinero y el poder."



EL SEÑOR O. H., JOVEN DE RELEVANTES PRENDAS, MUY ESTIMADO POR NUESTRA SOCIEDAD ELEGANTE, HA SIDO ENCONTRADO...

Se interrumpió para invitarme a fumar, y después de encender el habano, se arrellanó cómodamente en la butaca, y continuó:

—Muchos sistemas filosóficos han sido creados por individuos enfermos, física o moralmente; y magníficos poemas, joyas de la literatura, muchas veces han tenido origen en una profunda continencia. ¿Qué crédito podemos darles, pues, a las afirmaciones hechas por hombres que han escrito bajo la impresión de sus dolores físicos y morales?

"Así como los médicos, para hacer el diagnóstico de una enfermedad, necesitan averiguar los antecedentes hereditarios del enfermo, nosotros, cuando leemos un libro, debemos enterarnos del estado físico de quien lo escribió, para no correr el peligro de creer ingenuamente en teorías forjadas bajo la influencia de un estado morboso."



Yo le escuchaba en silencio, sin querer interrumpir aquella especie de monólogo en que mi amigo parecía hablar consigo mismo, saltando de tema en tema con la veleidad de una mariposa.

—Y bien—continuó,—puesto que la felicidad humana es un mito, puesto que el origen de nuestra desgracia reside en multitud de causas cuyo verdadero origen ignoramos, pese a nuestra vanidad, ¿con qué derecho la sociedad quiere coartar la libertad, la libre iniciativa del hombre, para que éste busque la felicidad en la forma que le parezca más conveniente? Si la colectividad no sabe dar la mayor suma de bienestar a sus componentes, ¿por qué se opone a que sus miembros pongan en práctica los medios que puedan servir de lenitivo a sus sufrimientos? ¿No aplican los hombres de ciencia los venenos que consideran necesarios para un dolor agudo? ¿Por qué quiere prohibir que el hombre, decepcionado por las miserias y pequeñeces humanas, llagado por todos los dolores, busque, aunque sea en un veneno, el alivio a sus torturas?

"Nada más ridículo que esas leyes aplicadas arbitrariamente a los hombre superiores, colocándolos al mismo nivel del rebaño.

"Afortunadamente, yo me he librado de esa tiranía. He tenido la suerte, en la lotería humana, de poseer ese precioso elemento que hace más libre: el dinero. En mí, la voluntad de desear ha sido ahogada y he roto con todas las trabas sociales.

"En nada creo, ni nada me preocupa. Yo también, procediendo con un criterio antropomórfico, he llegado a la convicción de que nada tiene importancia fuera de mí."

Calló, lanzó una bocanada de humo y siguió con la vista distraída las volutas que éste formaba.

Comprendí que debía retirarme, y me despedí de él.

Empecé a caminar, pensando en las afirmaciones de mi amigo. Me parecía verlo, algunos años antes, cuando, lleno de optimismo, era el ídolo de las mujeres y el invitado de rigor en los salones de la alta sociedad porteña. Tal vez su vida fácil lo había llevado a semejante estado, y, hastiado de placeres, que no tuvo que luchar mucho para conseguir, se había entregado a la morfina, amante halagadora y pérfida, que lo asesinaba, sonriente, entre sus brazos.

....

Pocos meses después leía en un diario de la mañana la siguiente noticia:

"OTRA VICTIMA DE LOS ALCALOIDES

"Ese nefasto vicio, que va constituyendo un serio peligro social, ha causado otra nueva víctima.

"El señor O. H., joven de relevantes prendas, muy estimado por nuestra sociedad elegante, ha sido encontrado muerto en su "garçonnière" de la Avenida Alcorta.

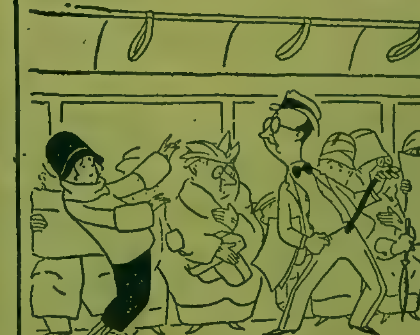
"Urge que nuestras autoridades persigan severamente a los comerciantes deshonestos que lucran con el vicio de estas pobres víctimas."

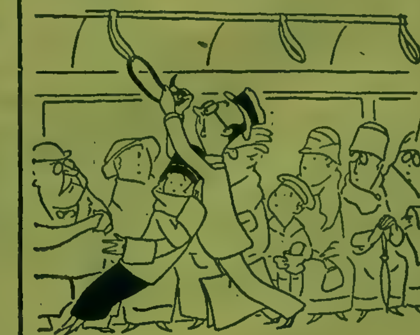
EXPECTATIVA













¿Qué le ocurrirá al pasajero galante, que se ha despojado del cinturón para que la señorita pueda sostenerse en equilibrio?

EN EL MUNDO DEL CINE



intervenir para limitar su permiso. Nada de largos viajes que signifiquen separarse del maridito. De modo que Mildred se quedará en Hollywood y trabajará con un tal Edward Horton.

CORINNE está de novia?—Corinne Griffith ha comprado una espléndida casa en Hollywood y piensa instalarse en ella, noticia que se comenta con gran simpatía en los círculos cinematográficos. La bella Corinne, que hasta hace poco vivió en Nueva York, ha conquistado a los Hollywoodenses por su belleza y su sin igual amabilidad. Todos, hombres y mujeres, se han enamorado de ella y se murmura que hay un señor Walter Morosco, ex novio de Betty Compson, que le ha caído en gracia a la joven Corinne, recientemente divorciada de Websten Campbell.

LA viuda de **Wallace Reid** repartió todos los trajes de su difunto esposo entre los soldados del Hospital para veteranos y del Hogar para soldados convalecientes.

UNA revelación interesante. — "El prisionero de Zenda" dió a conocer a dos actorese juveniles. El primero, Ramón Novarro, fué anunciado por todos los carteles, pero el segundo, Malcolm Mac Gregor, en el modesto papel de Fritz von Tarlenheim, conquistó muchos corazones, y lo que valía más, atrajo sobre sí la atención de los directores. La Metro le ha hecho firmar un contrato por tres años, y se le asegura un porvenir brillante, y sólo ahora se sabe que el simpático Malcolm es hijo de una familia multimillonaria y noble, de la cual no ha querido recibir ayuda alguna durante el año y medio que trabajó como extra.

LA enferma misteriosa. — Hace unos meses, el doctor Engel, que es el médico que prefieren los miembros de Cinelandia, fué llamado de noche para acudir inmediatamente al Hotel Majestic, de Nueva York, y atender a una joven que acababa de enfermarse. El doctor acudió al llamamiento y fué recibido al entrar en un salón que le indicó el portero por un turco muy buen mozo y muy bien vestido a la occidental, pero con un enorme turbante en la cabeza. El turco saludó en perfecto inglés y lo llevó a otro salón donde se hallaban reunidos varios otros caballeros de la misma nacionalidad, que cantaban en su idioma sus cánticos a Alah, y que terminados los ritos, invitaron al doctor a tomar asiento y participar del humeante café y de los dulces y cigarrillos que se le ofrecían. El doctor comenzó por aceptar, pero luego preguntó por la enferma. Se le condujo entonces a un dormitorio, donde vió una hermosa joven presa de un ataque de histeria y a la cual atendía ya una enfermera. Al querer asistir a la joven, se abrió la puerta y entró un caballero amigo del doctor y conocido agente de publicidad y le explicó que todo lo que había visto estaba preparado para "hacer bombo" a la película de Priscilla Dean, titulada "La virgen de Estambul" y que no se molestara. Al día siguiente los periódicos estaban llenos de noticias acerca de la misteriosa enferma del Hotel Majestic.



GALERÍA CINEMATOGRÁFICA

ANTONIO MORENO

Hace seis o siete años se le auguraba a Antonio Moreno un porvenir cinematográfico brillante. Pero la compañía a que pertenecía no supo hacer valer sus méritos y malgastó al actor sobrio, trabajador y de tipo romántico en películas en series. Se necesitó el éxito asombroso de un Valentino y el consiguiente furor del "tipo latino" para que los empresarios se acordaran del joven español. Un oportuno contrato con la Paramount le asigna un lugar prominente entre los primeros actores, y gracias a ello lo veremos pronto en un papel romántico y elegante, acompañando a Pola Negri en "La bailarina española".

Mildred Davis no se resigna. — Cuando Mildred Davis se casó con Harold Lloyd se anunció que la bonita rubia abandonaba la pantalla, pues así lo exigía el novel marido. Pero resulta que antes de cumplirse el primer año del matrimonio Harold ha reconocido que no tenía derecho de quitarle la carrera e impedir que Mildred por su propia cuenta conozca las dulzuras de la vida de estrella. Otorgado el permiso, la primer propuesta que se le hizo a Mildred fué la de ir a Italia para trabajar con Rodolph Valentino, y entonces Harold tuvo que volver a

Viola Dana ha firmado un nuevo contrato con la Metro, por el cual recibe alrededor de setenta y cinco mil dólares al año. Añádase a esta suma las ganancias de un garage y de un criadero de gallinas y conejos que ha adquirido recientemente, y vaya si ha de vivir con comodidad la muy simpática viudita.

SE murmura que **Cecil y William de Mille** piensan separarse de la Paramount y abrir un estudio propio.

CÓMO se llega a ser actriz de cine. — En un pueblecito de Long Island se estaban filmando algunas escenas de "West of the Water Tower". Una joven llamada Alice Adikes, que vive en el pueblecito ese, salió para ver cómo se hacen los films. Y dió la casualidad que en una escena se necesitaba una muchacha joven y bonita, y que el director vió a Alice, que tiene diez y siete años y es preciosa, y la hizo intervenir. Al otro día volvió y le encargó otro papel, y luego trajo consigo a una hermanita y ambas consiguieron trabajo. Y quién sabe, si dentro de algunos años, algún día, cuando nos llegue una película con una nueva estrella, ésta contará a algún repórter que la interrogue sobre sus comienzos: "Era en un pueblecito de Long Island, donde se estaba filmando..." etc., etc.



Craig Biddle se ha retirado de la pantalla. Ha reconocido que le conviene más dedicarse a los negocios que lo hicieron multimillonario a su papá, que hacer papelones en Hollywood, festejando a las actrices y ganando de tanto en tanto cinco dólares por día como "extra".

LA azarosa vida de Frances Marion. — Apenas repuesta de un severo ataque de tos convulsa, Frances Marion, célebre directora y autora de argumentos para el cine, fué herida por un potente foco eléctrico que le cayó encima con tal fuerza que la dejó desmayada. Luego su esposo, Fred Thomson sufrió un accidente, cayéndose de un caballo, durante una escena para una película en series. A pesar de tanta desgracia, Frances ha compuesto en este último tiempo varias películas para Norma y Constancia Talmadge; ha escrito los títulos de "La vida de Lincoln", y ha ayudado a Mary Pickford en los preparativos de "Dorothy Vernon of Haddon Hall".

TODO el mundo está triste en Hollywood. Y no es para menos. Los Famous Players-Lasky han anunciado el cierre de sus estudios por el espacio de 10 semanas. La Universal cierra sus puertas por tiempo indefinido. En La Metro se trabaja en una sola película, en la Goldwyn también en una sola, y muchas compañías menores suspenden por completo sus actividades. Todo esto significa que miles y miles de personas no tendrán trabajo durante todo el invierno, — que actores y autores sin contrato no cobrarán un centavo hasta dentro de varios meses. Y este estado de cosas es la consecuencia del sistema de producción de los últimos meses. En los grandes estudios casi no se han hecho películas baratas. Todos los esfuerzos se han concentrado en superproducciones cuyos gastos varían entre un millón y millón y medio de dólares, y que apenas han comenzado a dar beneficios. "Los 10 mandamientos" costó 1.500.000 dólares, "Cenizas de Venganza" y "Scaramouche" 850.000 dólares cada una, "El cortejo de Miles Standisch" 650.000, "Nuestra Señora de París" un millón, "Rosita" casi otro tanto. Y hay películas como "Bella Donna" y "The Cheat" de la Negri, producidas por la Paramount con grandes gastos y que hasta ahora no han rendido casi nada. Es necesario que parte del dinero gastado en estas producciones vuelva a Hollywood, para que se pueda volver al trabajo.

UNA de las consecuencias del cierre de los estudios, será la reducción de los sueldos de los actores, que en estos últimos tiempos llegaron á cifras estupendas. 4.000 y 5.000 dólares por semana no eran nada raros y cualquier actor de alguna importancia exigía y conseguía 1.500 y 2.000. Con ello aumentaba el costo de la película y por lo tanto los precios que se cobran al público por sección.

Theda Bara ha vuelto a Hollywood y está trabajando en una nueva película en la cual no se parecerá en nada a Theda, la terrible vampiresa de otros días. Se dice que en estos años de descanso, Miss Bara, que ha viajado mucho por Europa, tratándose con personas de la más refinada cultura, ha cambiado tanto que sus antiguas admiradoras ni la reconocerán.

Ramón Novarro tiene tres hermanas, las tres jóvenes y muy bellas; dos de ellas son religiosas de un convento de las islas Canarias, y la tercera, también religiosa, ha permanecido en Méjico.

DICEN que Norma Talmadge está muy desilusionada con Joseph Schilkraut. Parece que este joven no supo desempeñarse en "Dust of Desire" y que Norma ha declarado que nunca serviría para el papel de Romeo en "Romeo y Julieta", drama que ella ha elegido como argumento para su próxima película. Afirman también que cuando se habló de la posibilidad que también Mary Pickford hiciera "Romeo y Julieta", esta actriz fué a verlo a Mr. Joseph Schenck, esposo de Norma, y que entre ambos convinieron que Mary le dejaba el papel a Norma, a pesar de que Míster Schenck comenzó por ofrecérselo a Mary, si ella insistía

Mlle Renée Gerville, una de las mujeres más bellas de Francia, interviene en "Terror" de Perla White y se ha distinguido tanto que se le ha ofrecido un ventajoso contrato con una compañía angloamericana establecida en Francia.

LA SEMANA GRAFICA

DOS FESTIVALES INTERESANTES



En los salones del Plaza Hotel: algunos de los concurrentes al te "dansant" organizado por la comisión directiva de la Asociación de Damas Católicas Pro Infancia, a beneficio de dicha institución



A bordo del "Giulio Cesare", durante la realización del concierto vocal e instrumental organizado por la Federación de Sociedades Italianas



Artistas que participaron en el festival a bordo del paquete italiano



Otro aspecto del salón de fiestas de la nave. En primer término, aparece la esgrimista italiana, señora Guardabascio Vita, cuya actuación fué sobresaliente

FOTOS LOUZÁN

LAS CARRERAS INTERNAS DEL CLUB DE REGATAS AMERICA





Otro grupo de concurrentes a la interesante fiesta deportiva



Señora Elida M. de Matusiak y señoritas Alba Fumaroni y Julia Mailhes, que tripularon el bote ganador de la carrera de 400 metros, doble par de familia, para damas

Algunos de los concurrentes a la disputa de las regatas finales del 2º concurso interno del Club de Regatas América, en el Dock Sur



Carrera para canoas dobles, sobre 300 metros: señores J. Chiodi y E. Grassi, a quienes correspondió el triunfo





Los tripulantes del bote ganador de la prueba "Cadete four", sobre 800 metros, señores A. Fumaroni, J. Brandone, J. Chiodi, E. Grassi y R. Boero

Los competidores de las distintas pruebas disputadas

FOTOS LOUZÁN

CINE
SUS INTERPRETES Y SUS PRODUCCIONES MAS NOTABLES



Mary Miles Minter, una de las más destacadas figuras del arte cinematográfico



Escena del "film" "El ala rota", cuyo estreno constituirá, sin duda, un éxito artístico de la cinematografía moderna







Otra de las bonitas escenas de la referida película, que da una idea del valor de la producción

INFORMACIONES VARIAS



En la Federación de Sociedades Italianas. Durante el banquete ofrecido a su presidente, el doctor Alberto Costabel, con motivo de su próximo viaje a Europa



Sra. Helena Larroque de Roffo, ilustre dama argentina, a quien mucho le deben la ciencia y la filantropía, fallecida prematuramente, cuando aun se esperaba mucho más de ella



El coche que partió del Automóvil Club, para efectuar el raid automovilístico Buenos Aires-Valparaíso-Buenos Aires



GODOY CRUZ. — Enlace de la señorita Lydia Poletto con el señor Carlos A. Mosconi. Los desposados, después de oficiada la ceremonia religiosa



Los señores Longhi y Fallis, momentos antes de emprender el raid, con el presidente del Automóvil Club, señor Motto, y otras personas.

FOTOS DE LOUZÁN Y SUÑÉ

NOTAS DE LA CAPITAL Y ROSARIO



CAPITAL. — En la Casa Suiza, durante la elección de los candidatos a diputados socialistas. El "leader" del Partido, doctor Justo, después de haber depositado su voto



ROSARIO. — Señores Rubio, R. Mac Larighlin y J. E. Rojas, del Rosario Rowing Club, que han realizado el raid Rosario-Santa Fe-Paraná-Rosario, a fuerza de remo, con un bote doble par de paseo



Visita del doctor Wolf Nijensohn a la Federación Sionista Argentina, durante su estada en esta ciudad



Banquete en el Hotel Central, organizado por el Partido Demócrata Progresista, en honor del diputado nacional doctor Otto Gschwind y de los delegados señores R. Vionnet y E. Meyer, del departamento Las Colonias



Durante la proclamación de los candidatos a diputado nacional del Partido Demócrata Progresista

FOTOS DE SUÑÉ Y MARTÍN

LOS NINOS EN LAS PLAYAS DE MAR DEL PLATA



LAS playas de moda son, generalmente, punto de reunión de las clases privilegiadas. La nota social, la novedad, todo lo constituyen ellas y ellos; sin embargo, en medio de ese ambiente de frivolidad y de ostentación hay algo más hermoso, algo que a los ojos cansados de lo ficticio adquiere un encanto enternecedor. Son los niños, esos niños, lozanos casi siempre, que retozan sobre los arenales de las playas y que ponen un sello de alegría y de juventud en todo cuanto les rodea...

¡Lástima que los hijos de los pobres, no menos dignos, no puedan jamás participar también de las delicias de estos paraísos, por desgracia, artificiales!

FOTOS DE M. BONNIN

ACTUALIDADES EUROPEAS



JAPÓN. — La reconstrucción de Tokio: aspecto que ofrece una de las calles céntricas de la capital japonesa, en que se puede apreciar la rapidez con que se está efectuando la reedificación, de carácter provisional, de las zonas devastadas por los últimos terremotos



ALEMANIA.—El canciller alemán, doctor Marx, escuchando una transmisión radiotelefónica; sentados a su lado están el ministro Scholz y el diputado Fischer



Las medidas del gobierno alemán contra la acción del partido comunista: clausura del local principal del partido, así como de la redacción del órgano oficial "Die rote Fahne"



Aspecto de uno de los salones durante la cena con que obsequió la Reichswehr a la gente pobre en las fiestas de Navidad. El general von Seekt (X), jefe de la Reichswehr, visitando las mesas en el local de la institución



Alimentación de los pobres, durante el invierno. Una de las muchas cocinas de campaña distribuídas en las calles y plazas de Berlín para socorrer a los hambrientos, tan numerosos en esta ciudad

FOTOS DE CENTRAL PRESS, PRESS-PHOTO-NEWS Y GROSS

ALGUNOS ASPECTOS DE LAS PROVINCIAS DE CUYO



La Quebrada de Zonda, en la provincia de San Juan, constituye uno de los más seductores parajes de la región



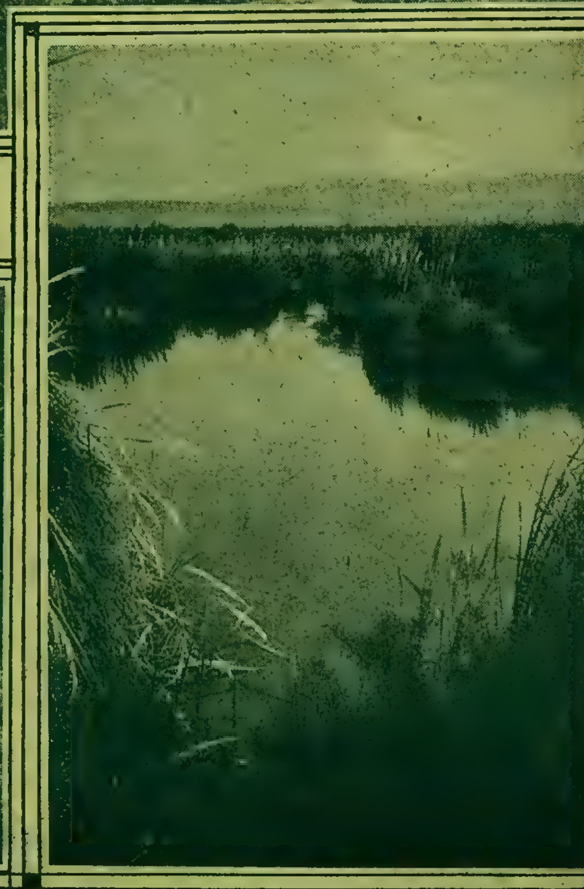
En la zona de Cuyo, al pie de los Andes, abundan hermosos paisajes como éste, junto al río Blanco



Clásicos hornos de carbón de leña, en Filquicho, provincia de San Luis



Cienaguita, bellísimo paraje en el camino a Huaco, San Juan, rico en higueras y en olivares



Frente a las grandes sierras nevadas. Matizan el panorama, fuentes y riachos de espejeantes aguas

(Ver el artículo correspondiente a estas fotografías en la página 8)

VAMOS A VER...

COMBINACIÓN FACIL

Preguntáronle a un gran pintor con qué mezclaba sus colores para llegar a producir efectos tan sorprendentes, y el interpelado contestó:

—Mi combinación es facilísima: pongo en ella todo mi sentido artístico.



REGALO DOBLE

—Mira, Mechita, del lomo que merendé esta tarde, pa que veas que te quiero, te traigo una tajada.

—¿Estás seguro? A mí me parece que son dos las que traes.

DE LA VIDA DIARIA

El lechero, a la clienta quejosa:—Sí, señora; las vacas no tienen pasto que comer. Da pena verlas. Yo, a veces, me echo a llorar.

La señora, sarcástica: — Muy bien, pero, en lo sucesivo, procure que sus lágrimas no caigan en la leche.

PRUEBA CONCLUYENTE

Buscaba sirvienta un sujeto y ponderaba las excelencias de la de un amigo suyo.

—Sí, mi amigo, es excelente. ¡Con decirte que lleva seis años aguantando a mi mujer!...

—Hombre, más tiempo la aguantas tú...

—Pero yo no estoy nunca en casa.

UN FILÓSOFO

En la estación Retiro, cuando el tren está por arrancar, un pasajero pregunta al guarda de plataforma:

—Dígame, ¿tendré tiempo de salir para despedirme de mi mujer?

—Eso depende del tiempo que lleven casados.

MUDANZA

Cierto suicida inglés dejó una carta en la que explicaba su suicidio:

"Mi alma se aburre en mi cuerpo; y todo el que se aburre se manda a mudar".



COSAS DE "FOOT BALL"

— Oye, mamá, ¿qué te parece ese portero?

— No me hables de él, niña, porque es un arrastrao...

EN EL MERCADO

—¿Está usted seguro de que este besugo es fresco?

—Completamente. Si no lo fuera así, aquí estoy yo para responder.

—Sí; pero si no lo es y me lo como, puede que no me queden muchos ánimos de volver.

ENTRE AMIGOS

—Parece que te fastidia que te pida cien pesos.

—No, hombre; te engañas. Lo que me enfadaría sería tener que dártelos.

CONTRA LA AMNESIA

—¡Caramba! — exclama el honrado librero. — Ya era tiempo que este señor me comprara ese tratado para combatir la falta de memoria. ¡Me ha pagado tres veces el importe del libro!

EN UN EXAMEN

—Pero, hombre: parece mentira que usted no sepa definir el color. Vamos a ver: ¿de qué color es el traje que lleva usted?

—Azul.

—Bueno; ¿y por qué es azul?

—Porque me lo tiñeron la semana pasada.

RAZONABLE

Cierto día llegó un jefe a inspeccionar un puesto de guardia en que generalmente había dos centinelas, y al ver uno solo, preguntó:

—¿Quieres decirme cómo estás tan solo?

—Aburridísimo, mi comandante.

ENTRE NIÑOS

—Mi papá me ha dicho que en Nueva York hay casas con más de veinte pisos.

—¡Qué bien! ¡Cómo se divertirán los chicos bajando montados en las barandas de las escaleras!

CAMBIO DE PAPELES

Un veterinario dice a su nuevo ayudante:

—Tome este tubo, lo llena con estos polvos, lo introduce en la boca del caballo y sopla usted fuerte.

A poco rato vuelve el ayudante, lagrimeando y haciendo cómicas contorsiones.

—¿Qué le pasa a usted?

—Que el caballo sopló primero.



CONYUGAL

—Si gritas de esa manera, no te pagaré el vestido; si no gritas, tampoco, de modo que puedes adoptar la actitud que más cómoda te sea.

CURIOSIDAD JUSTIFICADA

—La enfermedad de usted no tiene apenas nada de peligrosa: de cien personas que la sufren sólo mueren tres.

—Dígame, doctor: y esas tres, ¿se han muerto ya?



DIÁLOGO

El. —Hay una enormidad de mujeres que no quieren casarse.
Ella.—¿Cómo lo sabe usted?
El. —Porque se lo he preguntado.

UNA COSA ES RECETAR Y OTRA SER MEDICINA

—Desde que murió su esposo, señora, no la encuentro a usted buena. Hay que animarse un poco. Debe usted de pensar en sí misma. Acaso le convendría volver a casarse.
—¡Por Dios, doctor! ¿No será eso una declaración?
—En modo alguno, señora; los médicos no podemos tomar las medicinas que recetamos, y menos convertirnos en medicina.

EN EL CONCIERTO

—¿Qué pieza es esa que acaban de tocar?
—"La muerte del héroe".
—¡Caramba! ¡Qué muerte tan espantosa!

DISCRECIÓN

—Ayer me confió Aurora un secreto que no puedo decirte.
—¿Le juraste guardárselo?
—¡Otra que guardárselo!... Es que no me acuerdo.

EL ORADOR

Un negro se encuentra con otro negro, amigo suyo, en la calle, y queda sorprendido al verle con traje nuevo, sombrero nuevo, zapatos nuevos y otras particularidades de prosperidad.
—¿Cómo tan elegante? — le pregunta. — ¿Te ha caído algún buen negocio?
—Nada de negocios; es que, por fin tengo una profesión.
—¿Qué profesión?
—Soy orador.
—¿Y qué es eso de orador?
—¿No lo sabes? — contesta, sorprendido. — Pues voy a decirte lo que es un orador: — Si tú paseas con un amigo y le preguntas cuántos son dos y dos, él te contestará sencillamente: — "Dos y dos son cuatro". Pero, si haces la misma pregunta a uno de nuestros oradores, el orador te contestará de esta otra forma: "Cuando en el curso de los sucesos históricos; cuando a través de la marcha ininterrumpida de la humanidad por el camino de los tiempos, llega a ser una necesidad imprescindible el uso y práctica de la numeración y el empleo y aprovechamiento de las cantidades que expresan y especifican los guarismos, es forzoso, es ineludible, es fatal la exigencia de sumar el concepto matemático que significamos con el duplo de la unidad, con la abstracción aritmética que representamos con igual cantidad homógenea, y en este supuesto nadie podrá contradecirnos si afirmamos, resueltamente, que uno más uno son dos, y dos y dos son, invariable y eternamente cuatro." ¡Esto es ser orador!

POR LAS DUDAS

—Oiga, mozo, ¿qué milagro que no anda por aquí el gato?
—Se murió ayer, señor.
—¡Caramba! ¡Pobre animalito! ¡Qué lástima!... Oiga: en vez del guiso de liebre que le pedí, tráigame un par de huevos fritos.

BODA O BAUTIZO

El 18 de octubre de 1609, la hija del conde de Crequy, criatura de nueve años, fué casada con el marqués de Rosny, hijo del duque de Gully.
El ministro Dumoulín, al ver acercarse a la novia, preguntó:
—¿Van a casar a esa niña o van a bautizarla?

HOMBRE GALANTE

—¡Cuánto tiempo hacía que no teníamos el gusto de verle!...
—El gusto ha sido mío, señora.

PARA AYUDAR LA MEMORIA

—Oye, Sánchez—recomienda la esposa:—no olvides traer unos zapatitos para la niña. Del 30, ¿sabes?
Sánchez saca el pañuelo de bolsillo y le hace tres nudos.
—¿Para qué anudas así el pañuelo?
—Verás: le hago un nudo para acordarme de traer los zapatos; otro para no olvidar que son del 30, y el tercero para recordar por qué hice los otros dos.

LOS TARTAMUDOS Y LA ELECCIÓN DE ESPOSA

—Mal... mal... dito... el hombre tar... tar... tamudo... que se ca... casa con una que se... se llame Pi... Pi... lar.
—¿Por qué?
—Por... porque cuando la lla... llamo, vie... vienen primero las ga... ga... llinas.



CUMPLIMIENTOS

—¿Va usted a comer con nosotros?
—¡Ay! temo molestarla.
—Entonces no insisto más.

DESENCANTO

—¿Recibiste contestación de aquel que por cinco pesos enseñaba el modo de ganarse doscientos mil?
—Acabo de recibirla. El tal anunciador es un granuja, un cuentero. Le envié los cinco pesos y me contesta: "Para ganar doscientos mil pesos fácilmente, debe usted aprender a boxear y ganar un campeonato."

UNA QUE LO ENTIENDE

—Mamá, ¿quieres que invite a Juancito a que venga a casa a jugar conmigo?
—No, porque hacéis mucho barullo, pero puedes tú ir a su casa.

UN FRESCO

—Figúrate que iba en el tranvía y el guarda me miró con insistencia como si no hubiera pagado el boleto.
—Y tú, ¿qué hiciste?
—Pues, nada: mirarle como si efectivamente lo hubiera pagado.

BUEN TÍTULO

—He terminado una comedia y no sé qué título ponerle.
—¿Sale algún sacerdote a la escena?
—No.
—Pues entonces titúlala: "No tiene cura".

EL SEÑOR DESTINO

POR

JOSÉ MANUEL BRAÑA

DIBUJOS DE BIONDINI



Una casualidad — que obra de la casualidad suelen ser todos los acontecimientos trascendentales de nuestra existencia — hizo que dos hombres se tropezaran al doblar una esquina, y que estos dos hombres fueran, precisamente, dos viejos amigos de la infancia, a quienes la vida, con sus exigencias y sus espejismos, había separado hacía muchos años.

Y los dos hombres — a punto ya de lanzarse un improperio — se tendieron los brazos y se estrujaron en ellos frenéticamente:

—¡Enrique de mi alma!

—¡Mi querido Agustín!

Atropelladamente, se hicieron un sin fin de preguntas, y por fin, Enrique, arrastrando a su amigo de un brazo, le hizo penetrar en un bar.

—Ven; por mucha prisa que tengas no tendrás más que yo; pero el placer de conversar contigo en este momento está muy por encima de todas las cosas.

¿Cómo excusarse Agustín después de una prueba tan completa de amistad?... No; no había modo posible de excusarse.

Cuando el mozo les hubo servido, Enrique, más locuaz, más expansivo, más dichoso, seguramente, que su amigo, tomó la palabra:

—¡Pero, a ver, hombre, habla; cuéntame algo de tu vida!... ¡O prefieres que empiece yo por contar la mía!... Pues bien; no tengo inconveniente... Hace dos años apenas que me he casado... ¡Y qué mujercita la mía, Agustín; vale un Perú!

—¡Es tan difícil encontrar una mujer buena!...

—Pero yo la he encontrado...

—Ya que es así, no cabe duda que has tenido mucha suerte, ¡y te felicito!...

—Gracias... Pues sí, he tenido una gran suerte. Me enamoré de ella sin saber si sería la mujercita buena, cariñosa, honrada y trabajadora con que soñé toda la vida... Me enamoré de ella, digo, porque su carita despertó en mí un deseo extraño... Con esa carita, pudo haber sido, sin embargo, mala, perversa, derrochadora... Y yo me habría casado igualmente con ella... Su carita fué lo que me interesó, lo que me ganó la voluntad; lo que pudo haber hecho de mí el hombre más despreciable y más desdichado... Por eso, apruebo lo que has dicho: he tenido suerte, mucha suerte...

Se llevó la copa a los labios y bebió. Agustín, la vista clavada en el suelo, parecía meditar... Las palabras de su amigo le hacían un daño horrible... ¡Ah!, ¿por qué se habría encontrado con él? ¿Por qué, pese a todo, no se excusó y se marchó?

—No puedes darte una idea de lo que es—continuó Enrique.—Es la honradez, la fidelidad personificadas. Mujer de su casa, amante ciega de sus hijos y buena compañera... ¿Qué más podría desear ni dónde encontrar otra mujer mejor que ella? No diré que sea un encanto; no negaré que puede no gustarle a los demás hombres, pero eso ¿qué más da? Mejor aún, esto evita que alguien pudiera importunarla y comprometerla, por más que, como ya te he dicho, podría vivir ciego a su lado... ¡Y a propósito de ella! Hoy cumple años... Veintiséis..., veintiséis años... En este momento venía de encargar unos dulces para ella...

Agustín, abstraído, ni le miraba. ¡Ah, el daño que le causaba la felicidad de su amigo! ¿Por qué el Destino les había encontrado al volver una esquina?... Una vez más en su vida creyó Agustín que el Destino es un señor que se divierte en mortificar a los demás, entorpeciendo el curso de sus vidas.

—Pero yo temo muchas veces que esta felicidad mía no ha de durar lo que dure mi vida... ¡Es tan breve la felicidad de las almas!... ¡Ah, pero, desgraciado del hombre que me la trunque! Le mataría sin compasión. Me pagaría el sacrificio de velar por ella. Porque a pesar de todo, Agustín, no te figuras cuánto cuesta el mantener la felicidad conyugal... ¡Cuántas cosas deben no verse y cuántas palabras no oírse! Esto no quiere decir, repítote, que mi mujer no sea la que te he pintado y de que estoy muy orgulloso de ella...; pero, es claro, yo contribuyo, como todos los hombres, a elevar y sostener su valor moral.

—Tienes razón. Si el hombre no quisiera verlo así, si el hombre no disculpase muchas pequeñas cosas—que algunos, sin embargo, no disculpan y se envenenan la vida y ahuyentan la felicidad del seno del hogar,—no habría un solo hogar feliz ni una sola mujer digna de un altar... He comprendido muy bien lo que has querido decirme y vuelvo a felicitarte por tu felicidad. ¡Ah, si yo pudiera decir otro tanto!...

—¿No eres feliz?

—Ni feliz ni infeliz; pero pude ser feliz, mejor dicho, pude no ser feliz.

—No te comprendo.

—Yo me comprendo bien. Si me hubiera unido a la mujer ideal de mis sueños, hoy sería feliz; si por el contrario, me hubiera unido a la mujer que llegó a enamorarme, como la tuya a ti, con el encanto de su carita, a estas horas... No sé, pero por cierto que no nos encontraríamos en este lugar, conversando tranquilamente.

...NO DIRÉ QUE SEA UN ENCANTO...

—¿Y fué mala esa mujer?

—Mala conmigo, no. A mí no me hizo daño ninguno, como no fuera el de segar en flor mis ilusiones y hacerme perder el amor y el respeto hacia todas las demás mujeres.

—¿Te dejó por otro?

—La dejé yo mismo, por mi voluntad, contra su voluntad, contra sus lágrimas y sus ruegos. Si grande era mi amor por ella, más grande fué entonces mi orgullo y más profundo mi concepto del honor y de la felicidad.

—Luego, tu novia...

—Mi novia era una mujer vulgar; una mujer fácil; una de esas mujeres que se enamoran del primer hombre que les entra por los ojos y que por él, es verdad, son capaces de todo... Ella, por mí, lo sé perfectamente, fué capaz de todo...

—Entonces...

(Continúa en la pág. 28)

MACANITAS

Carta que, desde Lanús,
me escribe un chofer iluso
protestando contra el uso
del ómnibus o autobús,
al que él le llama "autoabuso".

"Ilustre macaneador:
Disculpe que un servidor
se tome la libertad
de abusar de su bondad
para pedirle un favor.

Es mi deseo férviente,
y usted lo hará fácilmente
ya que todas las semanas
escribe tantas macanas,
que publique lo siguiente:

Yo soy un pobre chofer
y, aunque agarrado al "volante",
volar no lo puedo hacer,
tengo qué correr bastante
para ganar de comer.

Pero, si en la disparada
lo preciso, hago en seguida
con el freno la "parada",
pues yo no llevo una vida,
como otros, "desenfrenada".

Tengo un freno superior,
pero se dará usted cuenta
de que es un "freno", señor,
poco para los cuarenta
"caballos" de mi motor.

La Municipalidad
piensa que hay necesidad
de que los autos caminen
con poca velocidad,
y es "al ñudo" que se obstinen

sosteniendo la macana
de que anden como el carrito
de tracción a sangre humana
de una empresa que no cito
porque no me da la gana.

Dígame usted: ¿qué sería
de nosotros "a ese paso"
con el que no se podría,
de fijo, hacer en el día
más que un viaje o dos, acaso?

Cuando no baje el chofer
treinta veces tan siquiera
la bandera, ¿qué ha de hacer?
pues, a mi juicio, poner
a media asta la bandera,

que es lo que yo hago, en señal
de justo y sentido duelo
cuando, de un golpe fatal,
echo a rodar por el suelo
con mi coche a un "ex mortal".

Cosa bastante corriente,
pues aunque yo soy prudente,



al transeúnte cretino
que se cruza en mi camino,
lo aplasto, naturalmente,

Por cierto que encuentro mal.
y no cabe en mi sesera
cómo es que hay quien asevera
que no es muerte "natural"
el morir de esa manera.

¡Qué estupidez! ¡Qué ignorancia
En fin, dejando constancia
de estos hechos, muy frecuentes,
pero que son accidentes
que no tienen importancia,

le suplico a usted, señor,
tenga la amabilidad
de transmitir al lector
que ha cometido un error
la Municipalidad

permitiendo esos camiones
"autoabusos" que funcionan,
porque no descongestionan
el tráfico, en ocasiones,
sino que lo congestionan,



"rodando" por la ciudad
y dando tumbos sin cuento,
con una estabilidad
de bote a merced del viento
bajo recia tempestad;

pues apenas pasa día
sin que vuelquen en la vía,
porque dan un tropezón
con un pobre peatón
o con un ama de cría.

Y esto, señor, compromete
la reputación ganada
por los autos. No comete,
no, señor, esa pavada,
un auto que se respete.

¿No es mucho más natural
que, al chocar, salgan contusos
los peatones? ¡Cabal!
¡Abajo los "autoabusos"
que invaden la Capital!

Convenza "usté" al intendente
de que no es nada prudente
que la gente se dé cuenta
de que, al chocar con la gente,
es el coche el que revienta.

Dándole gracias, señor,
por hacerme este favor,
su casa le ofrece a usted,
en Lanús, su servidor
que lo es, Salustiano Ulled."

Por la copia:
JOSÉ M. SIERRA

DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA

LA FIDELIDAD CONYUGAL Y EL RESPETO A LA VIDA HUMANA

UNO de nuestros jueces del crimen ha dictado sentencia condenando a doce años de prisión a un marido que mató a su mujer, al sorprenderla despidiéndose de otro hombre en una forma que la delataba de infidelidad.

Créese generalmente que si en el concepto popular el marido tiene el derecho de matar a la mujer, por razones graves de infidelidad conyugal, es por un resabio de los tiempos en que el hombre tenía derecho de vida y muerte sobre la mujer y los hijos. Pero hay una cosa que contradice esta opinión: cuando, también por razones de infidelidad conyugal, la mujer mata al marido, el pueblo simpatiza con ella hasta convertirla en una heroína.

El pueblo cree que el marido tiene el derecho de matar a la mujer, por motivos de infidelidad conyugal, pero le reconoce entusiasmado el mismo derecho a la mujer. En ambos casos está en un error, sin duda, pero es aventurado afirmar que el pueblo reconozca al marido restos de un prescripto derecho de vida y muerte sobre la mujer. En cambio, es evidente que el pueblo no se da cuenta de la importancia y categoría del respeto a la vida humana.

Hace poco, otro juez, en la provincia de Buenos Aires, absolvió a un marido que también había matado a su mujer por razones de infidelidad conyugal, y sin un motivo inmediato que explicara la muerte. En verdad, las condiciones morales de la extinta no inspiraban ninguna simpatía; pero también es cierto que ella se había casado enteramente contra su voluntad, y que él se había obstinado ciegamente en hacerla su esposa. Si entre nosotros el respeto por la vida humana fuese mayor, no sólo esa absolución no se hubiera producido, sino que tal vez tampoco se hubiera cometido el crimen.

Entre nosotros, la muerte de mujeres, esposas o amantes, por motivos de infidelidad, es un caso bastante frecuente. No creemos que se deba tanto a juicios atrasados sobre superioridad de los derechos del hombre respecto de la mujer, como al poco respeto por la vida humana. Si este respeto estuviese más definido, tampoco sería tan frecuente la muerte de mujeres por pretendientes desdeñados, de que tan plagada aparece la crónica policial.

El juez, al principio aludido, niega al marido el derecho de matar a la mujer por motivos de infidelidad conyugal. Pero sería más acertado que proclamara simplemente el respeto debido a la vida humana. Y en este caso habría una razón especial para hacerlo. El negar al marido el derecho de matar por motivos de infidelidad conyugal, puede ser interpretado por la mentalidad media en un sentido diminutivo de la fidelidad conyugal. Sin embargo, si bien el respeto de la vida humana es una condición indispensable de la existencia de una sociedad cualquiera, una sociedad organizada sobre la base de la familia, tampoco puede prescindir de la fidelidad conyugal.

Pero también los hay que asignan mayor importancia a la fidelidad conyugal que al respeto a la vida humana. Son los que creen que una mujer o un marido están bien muertos, si es porque fueron infieles a su cónyuge. Caen en el error opuesto en que caería quien creyese que si el marido no tiene el derecho de matar a su mujer por motivos de infidelidad conyugal, es porque se trate de una falta venial. El respeto a la vida humana y a la fe conyugal debe y puede sostenerse, sin perjucio el uno del otro.

En una sociedad donde el respeto a la vida humana, que es algo primordial, no sea bastante profundo, no es extraño que también se pase por encima de otros respetos; quien no respeta la vida ajena, difícilmente respetará el honor ajeno. Y aquí es oportuno hacer notar que en Inglaterra el respeto al honor ajeno y el respeto a la vida, son cosas que corren parejas.

El marido que mata a su mujer por motivos de infidelidad conyugal habrá satisfecho una venganza; pero la sociedad debe creer que para la fe conyugal, cuyos prestigios ella está interesada en mantener, eso tiene una tendencia contraproducente. Cuando la vida humana se desvaloriza, se desvaloriza todo; y por cierto que durante la reciente guerra europea, en que ella estuvo tan desvalorizada, se notó una alarmante desvalorización de la fidelidad conyugal. Los maridos que defendían la patria y el hogar en las trincheras, en manera alguna estaban seguros de la fidelidad de sus mujeres.

EL SEÑOR DESTINO

POR JOSÉ MANUEL BRAÑA

(Continuación de la pág. 21)

—¡Ah, aquí está el busilis!... Es que antes otro hombre... Lo supe cuando más arraigada estaba en mi corazón. Si entonces me hubieran partido el corazón de una cuchillada, mi dolor no hubiera sido más vivo... ¿Qué hacer, entonces? ¿Ahogar la pasión que me inspiró su carita, huyendo lejos, muy lejos?... ¿Matarla?... ¿Hacerme el ciego y el sordo y aparentando no saber nada haberla llevado al altar?... No, no. Mi orgullo se rebeló en mí como una fiera, y fríamente, caballerescamente, la abandoné. Me suplicó, me rogó, lloró a mis plantas, llegó a conmoverme, pero no me rendí... Quizá me hubiera hecho feliz, pero yo no hubiera sido feliz sabiendo su pasado.

—¿Y no supiste más de ella?

—No; acaso se haya muerto. Y más vale así. Si se muriesen todas las mujeres que han sido malas, que pueden un día avergonzar a un hombre honrado que le ha dado, ciego y crédulo, su nombre, no habría tantos hombres infelices en el mundo...

—Yo, gracias a Dios, según creo, y si me equivoco ojalá que no lo sepa nunca, soy uno de esos pocos hombres felices. Mi mujer no podría ser una de esas mujeres... Sus ojos, su temperamento, su resignación ante los reveses de la suerte, son una prueba irrefutable de ello.

—Más vale así.

—¡A propósito: aquí tengo un retrato suyo!... ¡Mírala!

Tomó Agustín la fotografía que le ofrecía su amigo y a duras penas pudo ahogar una exclamación de incontenible asombro. Pero, ¿era posible?... ¿Aquellas dos mujeres extrañas, tan opuestas entre sí de que hacía un momento hablaban, eran aquélla? ¿Y aquella mujer era tan despreciable como a él se le antojaba y tan buena y tan honrada como proclamaba Enrique? ¡Ah, qué situaciones más equívocas crean la verdad y la mentira, la certeza y la ignorancia!...

—¿Qué te parece?

La voz de Enrique le arrancó de su contemplación y de sus cavilaciones, y sin darse cuenta, repuso maquinalmente:

—Muy bella, muy bella...

Sin embargo, había tanta emoción en sus palabras, que Enrique, sagaz y desconfiado como era, creyó adivinar algo. Y con el natural sobresalto, con el temor de confirmar el mal pensamiento de un instante, le interrogó:

—¿Qué? ¿La conoces?...

—No, no... A primera vista me pareció... Pero, no; no la conozco...

Y los dos hombres, uno frente al otro, temblaron.

Una hora más tarde, camino de su casa. Enrique maldijo al señor Destino, tan enemigo de los hombres felices.

LA PAGINA DE LOS LECTORES

¿CUAL SERÍA MI MAYOR FELICIDAD?

Mi mayor y única felicidad sería que el rubio que tanto amo se salvase del servicio militar.—CHICA QUE AMA.

Mi mayor felicidad consistiría en tener una ocasión propicia para expresarle verbalmente lo que mis miradas reflejan, a una atrayente morochita, cuyas expresivas miradas me hacen suponer que ella también me ama.—YAPEYÚ.

Mi mayor felicidad sería que el joven que tuve la dicha de conocer una mañana, fuera asiduo lector de esta simpática página, para que llegara así a comprender el efecto que han producido en mí sus dulces miradas.—LA CHICA QUE SINTIÓ NO DESPEDIRSE.

Mi mayor felicidad sería ser correspondida por un rubio a quien amo locamente.—MOROCHA DE FRAGA.

Mi mayor felicidad sería que la simpática chica a quien amo apasionadamente, comprendiera el amor que le profeso. — MENSAJERO DEL AMOR.

Mi mayor felicidad sería saber si es cierto que me ama la chica a quien yo amo.—B. M. G.

Mi mayor felicidad consistiría en que una joven a quien amo en silencio, me correspondiera. Es rubia, de ojos claros. Su andar es el continuo balanceo que tienen las varas de los nardos agitadas por la brisa leda en noche de plácida y hermosa primavera. Sus cabellos son verdaderas hebras de hilo de oro. —ERNESTO WIGHT.

Mi mayor felicidad sería poder borrar de mi mente al morocho a quien tanto amé y que se olvidó de mí.—RUBIA QUE SUFRE.

Mi mayor felicidad sería que me correspondiera esa chica que tuve la dicha de conocer en uno de los vapores que hacen la carrera a las islas del delta.—EL CORSARIO DE SAN FERNANDO.

Mi mayor felicidad sería saber si el chico que tanto me amaba se ha olvidado de mí.—C. 3 DE MAYO.

¿Mi mayor felicidad?
Escuchadme:
No anhelo pedir frivolidades ni cosas efímeras y pasajeras, sino algo positivo, y ello es: una buena cristiana, bien educada, que me ame mucho y de todo corazón, para formar un hogar feliz.—CRISTIANO-JUAN.

Mi mayor felicidad sería saber si el morochito a quien amo con todas las fuerzas de que es capaz de amar una mujer no me olvidará durante tres años.—CHAQUEÑA DE 16 ABRILES.

Mi mayor felicidad sería saber si una morocha de Olivos me corresponde.—ROBERTO LAVOSELLO.

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por una simpática chica de ojos grandes y soñadores que tuve la dicha de conocer en Palermo y que amo con toda la grandeza de mi alma.—NOLI.

Mi felicidad es una simpática señorita de 26 años, de ojos grandes y soñadores, que han cautivado mi corazón. —MOROCHO DE CABALLITO.

¿CUAL ES EN MI CONCEPTO LA MUJER IDEAL?

A los lectores de "Mundo Argentino":
Deseo contraer enlace con una joven que sepa sobre todas las cosas hacerme feliz. Yo, por mi parte, sabré hacerla la más feliz de las mujeres, pues mi carácter es muy sensible; además, poseo un corazón noble, con el cual he de amarla toda mi vida. ¿Qué debo hacer o dónde debo buscar esta mujer ideal a que aspiro?—B. R.

Mi ideal lo constituye una joven morochita de ojos pícaros y de regular estatura.—¿SABRÁ QUIÉN SOY?



Hacemos saber a los colaboradores de esta sección que no será tenida en cuenta ninguna colaboración personal que se nos remita, desde que esta página no fué creada para mantener correspondencia amorosa entre los lectores, sino para que éstos puedan expresar en sus columnas cuáles son sus ideales, sus aspiraciones y qué puede constituir la felicidad de una persona.

¿Mi ideal? Ya lo encontré, y lo constituye una rubia simpática, de ojos grandes y engañadores, la que no corresponde al entrañable cariño que le profeso. — PORTEÑITO ENAMORADO.

Mi ideal es una chica que conocí en Burzaco.—ALADINS.

¿Mi ideal? Una simpática chica que reside en La Plata. — TRAJE AZUL.

Mi ideal lo constituye una rubia de tez muy blanca, ojos negros y boca chiquita; me llamaría dichoso si ella me quisiera como yo la quiero.—TRAJE NEGRO (Paraná).

Es mi ideal una señorita de veinticinco abriles, delgadita, si no hermosa, por lo menos muy simpática, a quien amo cada día más, y que ahora suelo ver de cuando en cuando, en su balcón, al pasar con el automóvil. —CRIBALTO (Chauffeur).

El ideal que, cual un imán, se apoderó de mí, es una simpática chica de un pueblo cercano al que yo vivo. Ella tiene diez y ocho primaveras, cabellos castaños, mejillas rosadas, nariz chica, ojos verdes que, como las aguas de la mar tranquila, reflejan amor.—NENE DE LENTES.

Mi ideal lo constituye una preciosa rubia, asidua concurrente al c'ne. — ENAMORADO URQUIGENSE.

Mi ideal es una joven delgada, alta y morocha; viste de gris. — E. C. DE JUVENTUD RISUEÑA.

Mi ideal es una simpática chica que estudia el violín. — CARPINCHO.

Mi ideal lo constituye una linda morochita de melena. — C. COSTA.

Es una bellísima morochita de pelo crespo, que con sus deliciosas miradas ha sabido conquistar mi joven corazón. — EDUARDITO.

Mi ideal es una simpática rubiecita que viaja en tranvía. — ESTUDIANTE QUE LA ADMIRA.

Mi ideal lo constituye una simpática chica de Victoria, que con sus encantos supo cautivar mi corazón. — E. Q. S. E. P.

La mujer que constituye mis sueños es una simpática morocha de melena que conocí en la estación. — RUBIO QUE SUFRE.

El ideal que mi mente se ha forjado es una simpática rubia de ojos negros y soñadores.—RUBIO ENAMORADO.

Mi ideal lo constituye una simpática morochita de mirar profundo, que ha cautivado mi joven corazón. ¿Ella me querrá?—S. B. (Lanús).

UNA VOZ EN EL AIRE

POR

JERÓNIMO GAID

DIBUJOS DE CATASÚS



Luisa Vignola dió ella también en la afición general: la radiotelefonía.

Era Luisa una chica de carácter soñador y más amiga de las diversiones que del estudio. Joven y bonita, todos los días cuando salía de la tienda donde estaba empleada, tropezaba con algún galán de ocasión, que unas veces recreaba con requiebros amables sus oídos, otras le acompañaba tímidamente desde lejos, dirigiéndole miradas de cordero sentimental y en algunos casos le fastidiaba por sus pretensiones tenoriescas o por su falta de respeto.

Le agradaba, pese a las molestias que ello le ocasionaba, sentirse deseada por los hombres, pero de todos aquellos pretendientes ninguno le parecía digno de ser su simpatía y más tarde su novio.

No es que tuviera ambiciones desmedidas y se creyera destinada al príncipe azul de la leyenda: pero, ingenuamente romántica, no creía que el amor pudiera nacer en una forma tan trivial. No. No era posible.



De haber deseado solamente encontrar un marido que la mantuviera, con permitir que alguno de aquellos galanes callejeros hubiese ido formalizando sus relaciones, es posible que en su compañía hubiese llegado a visitar el registro civil.

Mas Luisa, que sólo contaba diez y siete años, había jurado no casarse nunca, hasta encontrar a un hombre a quien amara locamente, y maldecía su suerte porque jamás había estado a punto de ser atropellada por un automóvil, ni había sido protagonista de ningún otro hecho sensacional, de aquellos que en sus novelas predilectas precedían siempre la aparición del galán y eran punto de partida de un amor vehemente.

Cuando comenzó a vulgarizarse la radiotelefonía Luisa no se interesó lo más mínimo en el curioso invento, pero, cierto día, en casa de una de sus amigas, tuvo la oportunidad de oír por radio unos discos de fonógrafo, y ella, a quien las máquinas parlantes habían resultado siempre poco simpáticas, con la inconsecuencia que caracteriza a las mujeres juzgó:

—¡Es admirable!, ¡qué bonito!

Y desde aquel momento comenzó para ella la odisea de todos los aficionados. En su modesto hogar no era fácil disponer de grandes sumas para gastos no incluídos en el presupuesto doméstico, presupuesto que se diferencia del de los estados en que, siendo menos discutido, se cumple con mayor exactitud, pues la necesidad es ley que no admite transgresión fácilmente.

Cuando Luisa manifestó su deseo a su papá, don Facundo, un italiano trabajador y honesto que adoraba a su hija, protestó diciendo:

—Pero, hija mía, ¿no sabes que con estas invenciones se le saca la plata del bolsillo a la gente?...

—Si es una economía, papá. Nos quedaremos en casa en vez de ir al teatro o al cine.

Luisa encontró en su madre, doña Lucía, una aliada poderosa, y ¿qué podía el pobre hombre contra las dos? Nada.

Economizando unos y otros acabaron por tener instalado un modesto aparato receptor, a galena, que, cuando la comunicación no venía de muy lejos y se escuchaba con suficiente buena voluntad, podía considerarse aceptable.

Durante unos días, a todas horas (se entiende, durante aquellos momentos en que el trabajo se lo permitía), padre, madre e hija estaban, por turno, con el teléfono aplicado en los oídos, escuchando lo mismo los conciertos de la Radio Cultura, que las conferencias de Onelli o las cotizaciones de la Bolsa, a pesar de que a ninguno de ellos le importaba conocer los precios de cosas que en modo alguno habían de adquirir.

Luego, con el tiempo, la afición tomó caracteres menos graves, y cada uno fué seleccionando las audiciones que le interesaban. Luisa, por casualidad, cierta noche recibió las ondas transmitidas por un aficionado desconocido. Escuchó. Estaba recitando versos.

Una voz masculina, grave y dulce, murmuraba las hermosas frases de Darío:

Juventud, divino tesoro.

Luisa las oyó, emocionada. Aquella voz que llegaba por el aire, sin saber de dónde venía (pues en ninguno de los programas figuraba el verso), le produjo una sensación agradable, como si a ella sola fuese dedicado, como si para ella lo hubieran compuesto y un genio se lo recitara en el oído.

Después la misma voz dijo algunos otros versos, sentimentales todos, todos bellos.



EL SEÑOR ESTÉVANEZ SE VOLVIÓ. ERA UN HOMBRE REGORDETE...

Luisa dejó el aparato, cuando terminó la audición, gratamente impresionada. La noche siguiente, a la misma hora, buscó la onda del día anterior y oyó la misma voz masculina que nuevamente te recitaba las musicales frases de los poetas.

Y se convirtió en una costumbre. Casi todos los días escuchaba a un desconocido amigo, y cuando, por excep-

(Continúa en la pág. 28)

LOS INGLESES SON ELEGANTES EN POLITICA

SI la elegancia puede buscarse más allá del vestido, de lo cual nunca ha cabido duda, debe llamarse elegante a la conducta observada por el pueblo inglés, desde el rey Jorge hasta el más humilde marinero, con motivo del cambio de gobierno y la asunción del poder por los laboristas. Los ingleses han cambiado de gobierno sin perder la línea. Si el cambio hubiese ocurrido entre los tradicionales partidos turnantes, no tendría por qué llamar la atención. Pero ahora son los laboristas, y por añadidura esto ocurre por primera vez.

Para los que afectan de espíritus imperturbables, la cosa no podrá tener ningún valor. ¿Qué tiene de particular el que gobiernen los laboristas? Nada. Pero si el mismo cambio hubiese ocurrido en otra parte, nadie puede calcular la agitación que hubiera sobrevenido, ni la antiestética alarma de las clases conservadoras. Comparemos con nosotros mismos. Recordemos la impresión producida entre los elementos conservadores por el advenimiento de los habíamos jactado de revolucionarios, habíamos desprestigiado las instituciones. Tendríamos que decir o que hacer algo para probar nuestra temibilidad. Alarmaríamos inmotivadamente a las clases conservadoras, y contribuiríamos a provocar la reacción. ¡Quizá la deseásemos, a ver si ella nos libraba del trágico compromiso de gobernar!

El partido laborista inglés ha declarado por boca de sus "leaders" que ellos no van a hacer la revolución desde arriba. El partido laborista inglés tiene sus principios, más o menos avanzados, aunque, en verdad, nunca insensatos, pero sabe muy bien que el hecho de ocupar el poder no le autoriza a implantar sus reformas. La mayoría del país no es laborista, y demasiado lo demuestra la composición de la cámara. El partido laborista inglés se guardará sus reformas para mejor oportunidad, y gobernará con el país. ¿Que ha ido, pues, a hacer el partido laborista en el gobierno?



PRETEXTO DE "CLUBMAN"

—Oiga, Juana; avise a la señora que no me espere a cenar... que estoy junto al lecho de un amigo que está expirando...

partidos populares al poder. "¡Esto es la anarquía!", exclamaron.

Inglaterra es el país del conservatismo y de la tradición, de la nobleza y de la aristocracia, y hasta tiene una clase políticamente privilegiada. Según todas las apariencias, debería ser allí donde la asunción del poder por los laboristas causase mayor emoción, y fuese más resistida. Sin embargo, es en Inglaterra donde el ministro conservador saliente le aconseja al rey que entregue el gobierno a los laboristas, y donde el rey sigue este consejo con toda naturalidad y toda facilidad, y donde los magnates de la industria, el noble aristócrata, y aun los nuevos ricos, asisten al acontecimiento sin perder para nada el equilibrio nervioso.

En otros países, tal vez republicanos, sería una cuestión de honor y de principios el que los laboristas no ocupasen el poder. ¿Ibamos a ser gobernados por los Mac Donald, por los Henderson y por los Clynes, nosotros, los Fernández Betelgoso y los Pérez del Centauro? No, no. No podríamos tolerar chusma en el poder. Haríamos, si fuera menester, una especie de movimiento fascista, con una caricatura de Mussolini a la cabeza.

Pero convengamos también en que no todos los partidos laboristas del mundo conservarían la serenidad que han conservado los ingleses en la hora del triunfo. Para otros partidos laboristas la hora del triunfo sería la hora terrible de la prueba. Ahora sí que se aquilataría nuestro laborismo. Nos

Ha ido a cumplir con un deber impuesto por el momento político: ha ido a gobernar. Otro hubiera preferido renunciar al gobierno y aprovechar su privilegiada situación parlamentaria para someter a una especie de "chantage" al partido liberal o conservador gobernante, o para hacer imposible en la práctica el gobierno. Los laboristas ingleses tienen el sentimiento de la responsabilidad, y piensan de otra manera.

Lo que ha sucedido en Inglaterra es muy hermoso, y no lo decimos por el hecho en sí, sino por la forma en que ha ocurrido. No pertenecemos al número de los ridículos anglómanos que creen que todo lo que es inglés está bien, y que los ingleses no se equivocan nunca, y que cuando hacen el elogio de las cosas inglesas, creen del caso imitar el acento de los "tonys". Pero los ingleses son un gran pueblo, el pueblo más grande del mundo, el pueblo más grande de la Historia, después de los gloriosos pueblos que fundaron nuestra civilización. Y una de las grandes virtudes que les reconocemos es la distinción espiritual de que acaban de dar tan brillante prueba; virtud, decimos, porque cuando la distinción espiritual es una cualidad colectiva, si acaso no es una virtud por el nombre, surte al menos los mismos resultados.

PANORAMA PORTEÑO

LA POETISA CALLEJERA

MIENTRAS a todos los demás les inspira risa y burla, a mí me causa pena esta pobre mujer, a quien denomino la poetisa callejera. ¿Quién no la conoce en Buenos Aires? Por la calle Florida se la ve todas las tardes, con su característico vestido azul y blanco y su sombrero de los mismos colores. Es una mujer como de cincuenta años, muy empolvada siempre, y que no cesa un momento de hablar. Y, ¡cosa rara! Esta mujer tiene la monomanía de hablar en verso. Raramente lo hace de otra manera. Así, como otras mujeres han perdido la chabeta por las joyas o las sedas, esta mujer la ha perdido por el excesivo culto de la rima.

Una noche, muy cerca de las veinticuatro horas, me hallaba en el Pasaje Güemes. De pronto, se me acercó la extraña mujer y me ofreció una de las hojas sueltas, con versos de su propia inspiración, que ella vende a veinte centavos el ejemplar.

Como de costumbre, me habló sin olvidarse de las consonantes. En ese momento, salían del teatro Florida algunas parejas, alegres, dichosas de vivir, y al verme hablando con la poetisa callejera, sonrieron irónicamente. Yo sentí una angustia punzante al ver que la gente, en vez de compadecerse de esta desequilibrada, gozaba a causa de ella.

... POR LA CALLE FLORIDA SE LA VE TODAS LAS TARDES...

Compré los versos a la poetisa, y me quedé observándola. A medida que los transeúntes pasan, ella les va ofreciendo sus versos. Recuerdo que esa noche le dijo a una pareja equívoca este dístico:

"¿No quieren comprar una poesía para curar la picardía?"

Y recuerdo que la pareja lanzó una formidable carcajada, y que ya en el automóvil que ocupó a la entrada del pasaje, seguía riéndose como si le hicieran cosquillas. A la pareja le había hecho mucha gracia, sin duda, la infeliz mujer.

¿Me perdonaréis vosotros, los amantes entendidos de la poesía, si transcribo algunos de sus versos?

Pues aquí están:

SONETO

EL HOMBRE BESTIA Y SUS VÍCTIMAS

El ser débil, sediento de ternura,
¿cómo no ha de caer al fin rendido
en los brazos del pérfido Cupido
que le pinta mil sueños de ventura?

Revestido de miel, todo dulzura,
fingiendo amor que nunca habrá sentido,
se hace serio, magnánimo, cumplido,
hasta saciar la sed de su locura.

Cuando ya deja al borde del abismo
a la ingenua mujer que ha enlodado,
va en busca de otra para hacer lo mismo.

Hombre bestia que sigue el derrotero,
creyéndose muy noble y muy honrado,
y es tan sólo un villano traicionero.

Ya sé que Alfonsina Storni escribe mejor que la poetisa callejera; pero, ¿qué más podéis pedir a una mujer que no está en sus cabales? Porque, fuera de toda duda, la poetisa callejera vive en un mundo que no es el nuestro..., y parece que se siente muy cómoda en él.

Al que le tiene una ojeriza tremenda es al ex presidente Irigoyen. ¡Hay que oír las cosas que la inspiración de esta poetisa arroja sobre la cabeza de nuestro ex primer mandatario!... Hasta ha compuesto un canto kilométrico para lapidarlo con él; pero no temáis, que no voy a transcribirlo.

En fin, sea como fuere, a mí me produce pena ver a esta mujer ofreciendo sus versos como si fueran una mercancía. Es verdad que todas las poetisas, en cuanto pueden, no dejan de hacer lo mismo. Mas la cosa cambia de aspecto radicalmente, porque las poetisas no tienen la triste locura de vender sus versos por las calles, en la medianoche, ni menos de hablar infatigablemente en verso, como lo hace esta pobre poetisa callejera.

LOS MANIQUÍES VIVIENTES

SON dos hombres jóvenes, no mal parecidos, esbeltos, que se exhiben todos los atardeceres por la luminosa calle Florida. Son los maniquíes vivientes de una sastrería. Les he visto pasearse lentamente, fumando, como dos petimetres. Los boquiabiertas se olvidan de sus ocupaciones — ¿tienen alguna? — para mirarlos de pies a cabeza, y hasta las mujeres se detienen, con una sonrisa en los labios, para contemplarlos.

Habrá tal vez quienes envidien el destino de los maniquíes vivientes, pensando que estos buenos muchachos han resuelto el problema de los garbanzos cotidianos de la manera más simple del mundo: exhibiendo sus cuerpos bien trajeados por la calle Florida. ¡Qué queréis! Yo no los envidio. Por el contrario, me parece que debe sentirse más orgulloso que ellos el barrendero municipal. Siquiera éste tiene la conciencia de que es útil a todos, de que desempeña un papel de bastante más importancia que otros en la sociedad.



SON LOS MANIQUÍES VIVIENTES DE UNA SASTRERÍA...

En cambio, ¿qué utilidad es la que realizan los maniquíes vivientes? Ninguna, absolutamente. Antes bien, lo que hacen es dar pábulo a la tiranía de la moda y hacer que cada día sea mayor el inútil ejército de los pisaverdes, esos señores que se preocupan más de la raya del pantalón que de su cultura.

Los maniquíes vivientes me inspiran lástima, porque veo cuán pobre cosa es el hombre cuando se presta a servir de cebo comercial de quien le paga mejor. Me dan lástima, porque veo que no saben ganarse la vida más dignamente, aun cuando ellos crean que se la ganan con el sudor de su frente...

La gente se detiene, hace corro en las esquinas para verlos pasearse, y no falta alguno que comente el caso con una cuchufleta, que a todos hace sonreír.

Sin embargo, los maniquíes vivientes no tienen nada de graciosos. Para mí, no es una comedia lo que interpretan, sino el drama pobre y obscuro de la lucha por la vida. Por eso yo no puedo verlos sin que me produzcan un sentimiento de pesar, en tanto que veo a todos sonreír...

POR
JUAN DEL ROSARIO

DIBUJOS DE C. DÍAZ

EL CANARIO EN LA MINAS

En nuestros tiempos, el canario ya no sólo es un ave doméstica por razón de su agradable canto; hoy presta servicios mucho más importantes que pasarse todo el día haciendo trinos y gorjeos. Hace algunos años, el doctor Scott Haldane, después de hacer algunos ensayos en las minas de carbón de Cornualles, lanzó la idea de que podrían emplearse canarios para averiguar la existencia de gases deletéreos. Estas delicadas avecillas son muy susceptibles a las impurezas de la atmósfera, y por consiguiente se prestan a maravilla para tan interesante misión, dando la señal del peligro antes de que el hombre experimente la menor molestia. La primera vez que se usaron canarios en esta forma, fué en una mina donde había ocurrido una explosión. Al organizarse el salvamento, bajaron primero los obreros del gobierno, provistos de aparatos generadores de oxígeno y llevando jaulas con canarios, y detrás iban muchos voluntarios que se prestaron a ayudar en la tarea salvadora, y que no llevaban protección de ningún género. Al llegar a un punto en que los canarios empezaron a dejar caer las alas y a respirar con dificultad, se obligó a los voluntarios a retroceder, y así se evitó que hubiese nuevas víctimas.

EL SITIO DE METZ

El sitio más grande que registran los anales de la guerra, fué el de Metz, el 27 de octubre de 1870. El ejército sitiador constaba de tres feldmariscales, sesenta y seis generales, 6.000 oficiales, más de 400 cañones, 100 ametralladoras, cerca de sesenta estandartes y 173.000 soldados.

CASAS DONDE SE COME

En Buenos Aires, amigos míos, en todas partes hay donde comer, claro está que si se lleva dinero en el bolsillo. En nuestro Rosario, por lo general, se come solamente en los "restaurants", en los hoteles y fondas. Pero aquí, en todos lados.

Existen unas lecherías, donde, durante las horas que no son de almuerzo o de cena, lo único que se toma es café con leche. Mas tan pronto llega la hora del almuerzo, las mesitas se cubren con el mantel, y entonces podéis comer como en cualquier "restaurant" de por ahí. Y no solamente en las lecherías sucede esto, sino también en



EXISTEN UNAS LECHERÍAS...

los almacenes, en las cantinas... Estoy por decir que en cualquier sitio donde se hallen una mesa y una silla, podéis pedir de comer, en la seguridad de que seréis servidos. No me extrañaría nada de que mañana yo mismo penetrara en una farmacia y, golpeando las manos, pidiera al farmacéutico:

— ¡Mozo, un bife a caballo!

No os riáis. No está lejano el día en que esto suceda.

Podéis creerme: en lugar de restarle méritos a la ciudad, esta costumbre se los da en abundancia, porque nada más pintoresco que esa gente famélica del mediodía, que ni habla, de miedo que la comida desaparezca del plato. Los porteños son gente devoradora: comen a dos carrillos. Y esto no debemos reprochárselo, pues es una prueba evidente de que tienen buen estómago...

En el hotel donde como — no digo el nombre por no hacerle propaganda gratuita — hay una muchachita de ojos precozmente expresivos. Esta muchacha es la cajera, y si vosotros, amigos míos, tuvierais la felicidad, como yo, de comer en esta casa, viendo a la cajerita que yo veo todos los días, os parecería que esta comida es la más sabrosa del mundo. De mí sé decir que a veces me olvido de que mi sopa está sosa, pues algo de la sal de aquellos ojos ha llegado misteriosamente hasta mi plato...

Yo propongo a los respetables dueños de casas donde se come, que pongan una muchacha linda en exhibición. ¡Qué fortuna harían estos señores, sin recurrir entonces a los criminales medios de adulterar lo que se come!... Aunque el cocinero fuese un profano en el bendito arte culinario, no habría temor de que los clientes lo notasen. Una mujer joven, linda, y por añadidura, como esta muchacha donde yo como, que sea cajera, es un anzuelo de oro para esos tiburones, más tontos que perversos, que son los hombres.

Amigos míos, cuando vengáis a Buenos Aires, tratad de ir a comer a donde os encontréis con una linda porteña, y después me diréis, estupefactos:

— Pero, ¡qué bien se come en tal sitio!...

UNA VOZ EN EL AIRE...

POR JERÓNIMO GAID

(Continuación de la pág. 25)

ción alguna noche esperaba inútilmente oírlo, se sentía decepcionada, como si él hubiera faltado a una cita.

— ¿Cómo será? — se preguntaba. Y su loca fantasía lo adornaba de mil cualidades. ¡Un hombre sentimental que recitaba tan hermosos versos y tenía una voz tan cálida y dulce no podía ser feo! Una vez imaginó sería un pobre enfermo que, privado de toda sociedad, se expansionaba de aquella forma. — ¡Cómo lo cuidaría — pensó — de estar a su lado!

Acabó Luisa por estar enamorada del desconocido joven. Al fin y al cabo, aquel era, por lo menos, un amor que nada tenía de vulgar; la más moderna expresión de romanticismo, algo que no había podido sentir ni la misma Julieta.

La casualidad hace posible cosas que parecen inverosímiles. Luisa era amiga de un vendedor empleado en una casa de artículos de electricidad y radiotelefonía, un muchacho simpático, pero muy tímido, llamado Andrés.

Por Andrés supo Luisa, después de algunas confidencias a medias, en las que puso a contribución toda su diplomacia femenina, que el desconocido recitador de versos era, con toda probabilidad, un cliente de la casa.

Luisa, fingiendo cierto desinterés, manifestó deseos de conocerle, y una tarde, al cabo de pocos días, Andrés le dijo a la joven:

— Voy a satisfacer sus deseos, señorita. Manifesté al señor Estébanez que usted deseaba conocerle, y se sintió muy alhagado. ¡Señor Estébanez! ¡Señor Estébanez! — añadió, dirigiéndose a un cliente que estaba en el local.

El señor Estébanez se volvió. Era un hombre bajo, regordete, de pronunciado abdomen, y que contaría no menos de cincuenta años. Para más desdicha, era casi calvo.

— El señor Estébanez — prosiguió Andrés, haciendo las presentaciones. — La señorita Luisa, una admiradora suya.

Hubo lisonjas por ambas partes. Estébanez confesó su debilidad: se creía un discreto recitador, y por miedo a que se burlaran de él, sólo en aquella forma se atrevía a demostrar sus dotes.

Luisa, al ver desvanecerse sus sueños, al sentirse envuelta en aquella ridícula situación, disimulaba el hondo dolor de su alma. ¡Cómo se habría reído la gente de conocer su drama, el ridículo drama de que era protagonista!

Regresó a su casa y sintió ganas de llorar y de destruir el aparato; pero, cuando llegó la hora, quiso oír una vez más la voz que le había engañado. Y escuchó:

Una voz conocida, pero que no era la voz de las otras noches, estaba hablando:

— Luisa — decía: — no sé si me oye usted; pero, porque no sé si me oye, me atrevo a decirle lo que callo desde hace mucho tiempo: que la quiero a usted con locura, como nunca podrá quererla nadie...

Luisa estaba como atontada. Pero ¿era posible? ¿La Luisa a quien estaban hablando sería ella? Imaginó al viejo de la barriga haciéndole el amor, y no pudo menos que sonreír. Pero, no; la voz no era la misma voz de las otras veces. ¿Quién sería? Y como si la pregunta que a sí misma se formuló hubiera llegado hasta el desconocido, transmitida por la más potente de las ondas: el amor, contestaron desde lejos:

— Soy Andrés; el señor Estébanez me encargó que reparara su estación, y le hablo desde su casa, porque personalmente jamás me atrevería a decirle lo mucho que la quiero. ¿Me habrá oído? ¿Habrá escuchado hoy como todos los días? ¿Corresponderá usted a mi amor?

Un año más tarde, Luisa se casaba con Andrés. Una voz en el aire le había hablado, precisamente cuando ella se arrepentía de haber escuchado una voz en el aire...

A las lectoras del interior

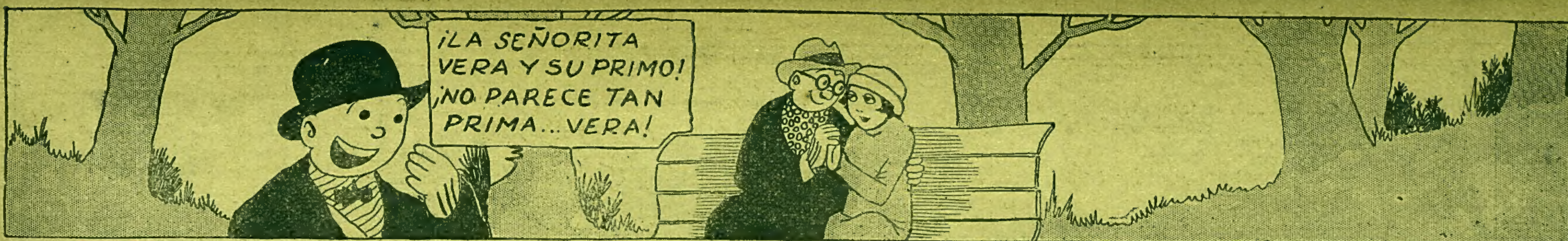
les interesa especialmente estar al corriente de los pormenores de las últimas modas, de la manera cómo resolver económicamente los problemas que crea la elegancia, y el modo de arreglar artísticamente la casa

Todo esto lo encontrará semanalmente en la página titulada

GUIA DE LA MUJER PRACTICA

que publica, todos los viernes, la revista

"EL HOGAR"



GILITO ES AMANTE DEL "CAMPING" Y DEL "FOOTING"











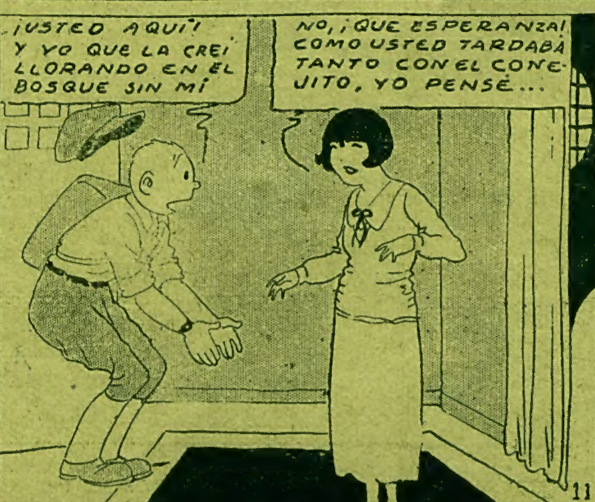


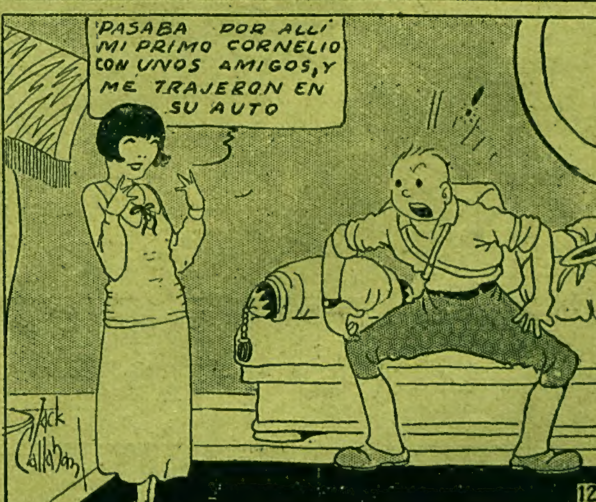












IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.